

LUCIA
DE
MIRANDA

DRAMA HISTORICO

EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

POR

MIGUEL ORTEGA.



Buenos Aires.

Imprenta del PORVENIR—Calle Defensa, 91.

1864.

LUCÍA
DE
MIRANDA.

DRAMA HISTORICO
EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

POR
MIGUEL ORTEGA.



Buenos Aires.
Imprenta del PORVENIR—Calle Defensa. 91.

—
1864.

LUCIA DE MIRANDA.

PERSONAS.

LUCIA DE MIRANDA.	TEGUAN—AMIGO DE SIRIPO Y DE MANGORA.
SIRIPO—HERMANO DE—	DON NUÑO DE LARA—
MANGORA—CACIQUE DE	COMANDANTE DEL FUERTE.
LOS TIMBES.	
SEBASTIAN HURTADO	GLAUDINA—ESPOSA DE
ESPOSO DE LUCIA.	SIRIPO.
RUI-GARCIA—AMIGO DE	CONSTANZA—AMIGA DE
HURTADO.	LUCIA.

SOLDADOS ESPAÑOLES.

GUERREROS INDIOS.

El lugar de la escena es el fuerte del Espíritu Santo sobre la costa del Paraná, en la época de la Conquista.

Los Españoles armados al uso de la época á que se refiere la accion del drama;—Los Indios, en sus trajes peculiares.

LUCIA DE MIRANDA.

ACTO PRIMERO.

La escena representa el fuerte.—A la derecha del actor, muro y gran puerta de entrada;—á la izquierda, edificio con dos puertas; la inmediata al muro del foro, conduce al parque y alojamientos de la tropa;—la otra, al de los gefes y sus familias.

ESCENA PRIMERA.

D. Nuño—Rui-Garcia—Sebastian Hurtado—Soldados.

D. NUÑO.

Si, compatriotas, nuestra empresa grande
Seguirá en pos de la feliz estrella
Que nuestra gloria y poderío expande.
Al estampar el Español su huella
En las vírgenes selvas de este suelo,
Vinculó á su destino la victoria;
Y tesoros, poder, lauros de gloria
En recompensa le reserva el cielo.
¿Y cómo de tibieza ó cobardia
Dejarse subyugar los corazones,
Empañando los ínclitos blasones
Que merecieron, con justicia, un día
Los bravos hijos de la noble España?
¿Qué dirían los siglos venideros

LUCIA DE MIRANDA.

Si embotados, al fin, nuestros aceros,
Cayeran con baldon ante la saña
Del selvático y rudo Americano?
; Oh! arrostrems los riesgos y fatigas
Que nos guarden cien tribus enemigas;
Que al invencible esfuerzo Castellano
En galardon la América le aguarda.

HURTADO.

Es digna de D. Nuño tal idea
Que nuestro noble orgullo lisonjea,
Que alienta nuestra fé si se acobarda;
Pero tambien, por nuestro mal, es cierto
Que el desaliento cunde en nuestras filas.
Nuestras tropas contemplan intranquilas
Que las asedia el hambre.

D. NUÑO.

Bien lo advierto;
Pero su efecto disipar sabremos
Dando á todos ejemplo de esforzados.
Que por Cabot los muros levantados
A todo trance sostener debemos.
El así lo mandó cuando volvia
A cruzar el espacio de los mares,
En busca de refuerzos militares
Que del monarca recibir debia.

GARCIA.

Por mi parte, señor, yo considero

ACTO I, ESCENA I.

Que de Hurtado, mi amigo, los temores
Son fundados: del hambre á los rigores
Se rinde débil el mejor guerrero.
Ademas, há dos años que esta tierra
Vió partir á Cabot para la España ;
Tan prolongada ausencia harto se estraña,
Y muchos creen que á continuar la guerra
Tornar no le veremos.

D. NUÑO.

Bien, el medio
Debemos procurar que suficiente
El perdido vigor de nuevo aliente.

HURTADO.

Yo juzgo que no es fácil el remedio :
De obstáculos nos vemos circundados.
De los indios amigos las naciones
No vienen á ofrecernos provisiones ;
Porque están sus recursos agotados,
O porque, hartos quizá del homenaje
Y tributo que rinden, con vil dolo
Hostilizarnos se proponen solo,
Por no atreverse á manifiesto ultraje.
Preciso fuera á un pueblo mas distante
De las riberas de este hermoso rio
Hacer sentir el Castellano brio,
Para que acate nuestra ley triunfante.
Pero tan árdua empresa requeria

LUCIA DE MIRANDA.

Un número erecido de soldados,
Porque soberbios pueblos no domados
Oponen con teson ruda energia ;
Pero juzgo tambien, no es oportuno
Debilitar la guaruicion del fuerte

D. NUNO.

Contrastar no podemos de otra suerte
El mal que nos asedia de consuno.
¿ Mas cuáles son esos temores vanos ?
¿ No son tribus amigas ó domadas
Las que están repartidas y pobladas
Por los bosques y valles comarcanos ?
- De los Timbúes la tribu belicosa,
La que está de nosotros mas vecina
Y que entre todas ella predomina,
¿ No ha sido siempre fiel, siempre amistosa ?

HURTADO.

Ha sido siempre fiel cuando Mangora
Su valiente cacique la regia ;
Porque Mangora encadenar sabía
La audacia de los suyos ; pero ahora
Por cacique, en su ausencia, han aclamado
Los indios principales á Siripo,
Su indigno hermano y del orgullo tipo ;
Jamás en su altivez se ha doblegado,
Jamás quiso acatar, como debía
El poder y dominio Castellano.

Ya veis, señor, que no he temido en vano ;
Porque, tal vez, aprovechar sabria
El momento oportuno á sus rencores,
Concitando su jente á la venganza.

D. NUÑO.

Y veria burlada su esperanza.
Si fuera tan audaz en sus furores,
Solo hallaria al pié de nuestros muros,
En vez de la victoria, fin sangriento
Que á los demas sirviera de escarmiento,
Si osaran ser alguna vez perjuros.
Mas dejemos un frívolo cuidado,
Y arreglemos el plan mas conveniente
Para atender á la exigencia urgente.
Yo me conformo al parecer de Hurtado :
Y así, una espedicion bien combinada
Marchar debe á pisar otras rejiones,
Y á procurarnos nuevas provisiones,
Sea de paz, ó sea con la espada.
Rui-Garcia, yo os doy su desempeño :
Sin tardar disponed de los soldados
Que os parezcan mas fieles y esforzados ;
Que antes que brinde á la quietud del sueño,
Con su silencio y paz, la noche oscura
Del Paraná las ondas surcar debe
Vuestro bajel velero ; y Dios os lleve,

Si le place, con próspera ventura.
 Vos, Hurtado, tambien id con Garcia

HURTADO.

Siempre unidos combaten nuestros brazos,
 Porque nos ligan de amistad los lazos.
 Solo un breve momento desearia
 Para hablar á mi esposa.

D. NUÑO.

A vuestro anhelo.

Todo el tiempo posible le permito.

HURTADO.

De mucha detencion no necesito,
 Y presto en pos de mis amigos vuelo.

ESCENA II.

HURTADO—LUCIA.

HURTADO.

¡Cuando veo á mi esposa soy dichoso!

(Viéndola.)

¡Tierna Lucia, dulce compañera!

¡Pero ay! ¿qué pena tu sosiego altera?

El llanto baña tu semblante hermoso,

Y mortal palidez lo desfigura!

LUCIA.

¡Ah! de la guerra los efectos temo,

Y los contemplo con dolor estremo.

HURTADO.

¿Porqué temes, querida? en paz segura

No estamos con las tribus convecinas?
 Desde que á nuestras armas se rindieron
 Sumision y lealtad nos prometieron :
 Y serán fieles si en completas ruinas
 Convertidos sus rústicos hogares
 No quieren contemplar.

LUCIA.

Mas, ¿cuál empresa
 De nuevo meditais? ¡Ah! nunca cesa
 De interrumpir la paz de estos lugares
 De vuestras armas el fatal estruendo!
 Si, lo comprendo bien: de nueva guerra
 Quereis que los confines de esta tierra,
 Gimiendo, sientan el estrago horrendo.
 Y en tanto, abandonais vuestras esposas,
 Abandonais los hijos inocentes,
 Anegados en lágrimas dolientes.-
 Os llaman sus miradas cariñosas,
 Os llaman aflijidos; pero en vano :
 Desatendeis sus ruegos y clamores
 Y volais, poseidos de furors,
 A hacer odioso el nombre Castellano.
 ¡Ah! no partas, por Dios, no me abandones!
 ¿Ya no amas á tu esposa?

HURTADO.

No, Lucia :
 Jamas ingrato á tanto amor sería,

¿ Mas por qué tus inquietas aflicciones ?
No hay causa para tanto.

LUCIA. .

Me lo niegas :

La ambicion te seduce con su halago ;
Y marchas de la guerra al rudo estrago.
Sí ; tú cual ellos, á ese afan te entregas,
Yo lo sé á no dudar : aquí reunidos
Proyectábais, quizá, nueva conquista.
; Será posible que jamas exista
La paz para vosotros ! sus queridos
Y dulces bienes, grato don del cielo,
¿ A vuestra dicha no será bastante ?
¿ Qué, sin el oro y el poder pujante
No habrá ventura en el humilde suelo ?

HURTADO.

No, Lucia querida, no es la guerra
El móvil que nos guia, y solamente
Por dar ocupacion á nuestra gente
Hoy vamos á marchar ; porque esta tierra
En todo cuanto abraza el grande rio
Llamado Paraná, no nos ofrece
Rebeldes que vencer : ya no aparece
Quien desafie el castellano brio.

LUCIA.

; Plegue al cielo piadoso que do quiera
Suerte feliz tus pasos acompañe !

¡Plegue al cielo piadoso que se engañe
Este presajio que mi paz altera!
¡Ah, no puedo explicar qué desventura
Me anuncia el corazon!. . . . Un solo dia
Retarda. . . . Te lo ruega tu Lucia:
Es fatal esta ausencia á su ternura.

HURTADO.

Un imposible exijes, ángel mio,
Encanto delicioso de mi vida:
El honor apresura mi partida;
El honor encadena mi albedrio.
Si soy esposo, soy tambien guerrero;
Y á donde quiera que el clarin resuene
Mi planta vuela y nada la detiene;
Que allí me llama mi deber primero.

LUCIA.

¡Cruel! ¡una esperanza engañadora
Ofrecias, no mas, á mi ternura!
¡Oh, cuánta pena, cuánta desventura,
De un guerrero la esposa sufre y llora!
Suena el estruendo de armas y atambores
Y su llanto y su ruego son en vano;
Que allí se lanza con furor insano
Su caro dueño, ingrato á sus amores;
Se arranca de sus brazos, y prefiere
A sus tiernas caricias el espanto

De la infernal pelea. ¿Puede tanto
Vuestro anhelo de fama?

HURTADO.

Jamas muere
De las armas, jamas, la noble gloria :
Ellá dá aliento aun á cobardes pechos;
Y el mundo admira los heroicos hechos
Que eterniza en sus pájinas la historia.
Si dulce es, pues, el conyugal cuidado
Que nos prodiga una adorada esposa,
Esta noble ambicion, tan imperiosa
Y tan grata es tambien para el soldado.

LUCIA.

No; dí mas bien para el ingrato esposo
Cual lo eres tú que ni mi acerba pena
Conmueve á tu alma de ambiciones llena.
Pero parte veloz, si es tan grandioso
El huir de mi cariño, ni un instante
Te detengas por mí; yo lo consiento.
¡Qué importa para tí mi sentimiento!
¡Qué importa el llanto de tu esposa amante!

HURTADO.

Cálmate ya: te juro que mi ausencia
Breve ha de ser. Mas veo á Rui-Garcia.

ESCENA III.

HURTADO—LUCIA—RUI-GARCIA.

RUI-GARCIA.

Perdonareis, Hurtado, y vos Lucia,
Si á interrumpiros viene mi presencia.

(A Hurtado.)

Pronto para la marcha se halla todo:
Y á tí solo. . . .

LUCIA.

¡Tan presto!

HURTADO.

Bien, amigo;
Demórate un instante y ya te sigo.

LUCIA.

¡Partir con tal urgencia! ¿De ese modo
Qué causa os apresura?

HURTADO.

Así lo ordena
El estricto deber, y obedecemos.
Mas retardarnos tanto no debemos.
Permítenos. . . .

LUCIA.

Me dejas ya! ¿mi pena
No logra detenerte?

HURTADO.

¡Oh, mi Lucia!
¿Por qué tu amante corazon se apena?

¿Por qué mis ojos no te ven serena?
 Mi ausencia es breve, idolatrada mía;
 Tus lágrimas enjuga, y reflexiona
 Que cortos días pasarán veloces.

LUCIA.

Mas breves huyen los soñados goces
 Que ser debieron de mi amor corona.

HURTADO.

Un porvenir de dicha nos halaga;
 Y si hoy se eclipsa nuestra clara estrella,
 Mañana brillará mas pura y bella.

LUCIA.

¡Que el cielo cierto tu pronóstico haga!

HURTADO.

Adios, amado bien del alma mía; (*se abrazan*)
 Nada temas por mí: tranquila queda,
 Y dulce calma á tu inquietud suceda.
 ¡Adios!. . . .

LUCIA.

El sea tu seguro guía:
 Y aparte el riesgo que haya en tu camino.

ESCENA IV.

LUCIA—CONSTANZA.

LUCIA.

Ven á mí, ven á mí, tierna Constanza:
 Tu amistad fiel me ofrecerá esperanza,
 Me endulzará el rigor de mi destino.

CONSTANZA.

Sé cuál es el motivo de tu duelo.

LUCIA.

¡Quién á un esposo ve partir sin pena!

CONSTANZA.

¡Ah! no te aflijas: tu inquietud serena;
No hay causa para tanto desconsuelo.

LUCIA.

Dime, ¿qué has visto? fuiste á la ribera?
Se aprestan á partir? A impulso suave
Del favorable viento ya su nave
Sobre las aguas volará lijera?

CONSTANZA.

No tengas desazon: un feliz viaje
Les anuncia un leal presentimiento;
Próspero, cual deseáran, es el viento;
Y en breve de las islas el ramaje
Robará su bajel á nuestros ojos.

LUCIA.

¿Dejan sin pena estos lugares bellos?

CONSTANZA.

Regocijados van: esperan ellos
Presto tornar con mil ricos despojos
De pueblos apartados.

LUCIA.

¡Guerra odiosa!
Emponzoñais mis horas de dulzura!

CONSTANZA.

¿Por qué tu corazón desgracia augura?
 ¿No fué siempre tu suerte venturosa,
 Porque así siempre fué la de tu esposo?
 ¿En la fragosa selva y en el llano,
 Cien veces, cien, el rudo americano
 No ha probado su brazo vigoroso?
 ¿No acompañaba á su valor do quiera
 Próspera suerte?

LUCIA.

Es el mejor valiente:
 Sabrá triunfar.

CONSTANZA.

Y entonces, ¿qué presente
 Tu corazón? tranquilo estar debiera.

LUCIA.

Porque también me asusta de Mangora
 El siniestro recuerdo: cual fantasma
 Se me presenta y de pavor me pasma.
 Es para mí vision fascinadora.

CONSTANZA.

¿Crees que, volviendo del eterno sueño,
 Abandone la tumba que lo abriga;
 Y nuevamente, con tenaz empeño,
 En pos de tí su loco amor prosiga?

LUCIA.

¿Quién afirma la muerte del cacique?

CONSTANZA.

Como cierta sus indios la han llorado,
 Porque en vano hasta ahora le han buscado.
 Y solo así es posible que se explique
 Su prolongada y misteriosa ausencia :
 Seis meses ha que lleno de furores,
 Al no ver esperanza en sus amores,
 Precipitado huyó de tu presencia;
 Y desde entonces misterioso velo
 Su destino ha cubierto á nuestros ojos,
 Y si algo queda de él serán despojos.
 Huyendo de la luz del claro cielo,
 De su existencia en la lucida aurora,
 Pensaria cumplir el juramento
 Que pronunció con dolorido acento
 De no verte jamas.

LUCIA.

¡Triste Mangora!

Yo solo ocasioné su desventura ;
 Mas no me culpo: mi deber cumplia.

CONSTANZA.

Mas, Teguan hácia aquí sus pasos guia.
 Unia á entrambos la amistad mas pura.

ESCENA V.

LUCIA—CONSTANZA—TEGUAN.

(Se detiene al entrar.)

LUCIA.

Entrad: no os detengais.

TEGUAN.

Bella señora,
Perdonad á Teguan su atrevimiento,
Al venir con debido acatamiento
Vuestra piedad buscando protectora.

LUCIA.

Si un infeliz mi auxilio necesita,
Decid cuál es: yo enjugaré su lloro.

TEGUAN.

Es por un infeliz por quien imploro.

LUCIA.

¿Su nombre cuál?..

TEGUAN.

Su vida se marchita,
A impulso de un afan que en su pecho arde,
Como el arbusto que arrancó lijero
El iracundo soplo del Pampero.
Y así como la brisa de la tarde
Las desmayadas flores refrijera,
Una esperanza plácida que abriga
De sus pesares el rigor mitiga;
Pues ver el bien apetecido espera.

LUCIA.

¿Quién es? decid. . . . (*con inquietud.*)

TEGUAN.

El infeliz que llora,
El que aflijido, por mi boca os ruega,
Y á un fallo vuestro su destino entrega . . .

LUCIA.

Y bien: ¿no proseguís? . . .

TEGUAN.

¿Y si Mangora? . . .

LUCIA.

¿Qué nombre pronunciais? (*sobresaltada.*)

TEGUAN.

El de mi amigo.

LUCIA.

Pues qué: ¿no ha muerto?

TEGUAN.

Existe todavía;

Pero mejor la muerte le seria,
Tal es su situacion: yo soy testigo
Del inmenso dolor que le atormenta.

LUCIA.

Concluid: ¿de mi bondad qué se pretende?

.. TEGUAN.

Que esperéis, si su vista no os ofende:
Es la única esperanza que le alienta.

LUCIA.

Tanta audacia Teguan mucho me admira.

LUCIA DE MIRANDA.

TEGUAN.

¡Señora, por piedad! . . . ¡Solo un momento! . . .

LUCIA.

¡Vuestro empeño es en vano: no consiento.

TEGUAN.

Por vuestro amor el infeliz espira,
¿Y tendreis corazon tan insensible
Que le dejéis morir?

LUCIA.

Os lo repito:
Que se presente á mí no lo permito;
Yo no puedo acceder: es imposible:
Se opone mi deber á su deseo.

TEGUAN.

¡Esperanza falaz de un desgraciado!

LUCIA.

Mi respuesta teneis: id á su lado:
Consuelo le dareis. . . ¡Qué es lo que veo!

(viendo á Mangora.)

¿Mangora aquí? . . . Ven, sígueme, Constanza.

ESCENA VI.

LUCIA—CONSTANZA—TEGUAN—MANGORA.

MANGORA.

(Ante ella hincando una rodilla.)

¡Deteneos no mas que un solo instante;
Lo ruego á vuestras plantas suplicante!

ACTO I, ESCENA VI.

No sea tan cruel vuestra venganza
Por haberos amado con delirio
El corazón del infeliz Mangora.
Si al ver mi audacia os indignais, señora,
Considerad, tambien, cuánto martirio
El pecho me desgarrá.

LUCIA.

¿Y yo podría
Calmar vuestro dolor? no está en mi mano;
Si esto esperais, lo pretendéis en vano:
Y ya es inútil la presencia mia.

MANGORA.

Señora, ¿lo ignorais? ¿será posible!
Ignorareis la poderosa influencia
Que tiene para mí vuestra presencia?
Un poder sobrehumano, irresistible,
Me impele hácia vos, y en el momento
De escuchar vuestra voz todo lo olvido;
Olvido hasta las penas que he sufrido,
Y tranquilo y feliz casi me siento,
Cual si un bálsamo puro. . . .

LUCIA.

Pero, en tanto,
Hoy quebrantado habeis vuestra promesa;
Y poca fé teneis si solo es esa.

MANGORA.

¡Oh! tal es el poder de vuestro encanto,
 Que ha sometido al vuestro mi destino,
 Que por él olvidé mi juramento.
 De veros el deseo era un tormento
 Que á do quier me seguia en mi camino:
 Todo el vigor de mi razon invoco,
 Mi voluntad con mi deseo lucha;
 Mas mi pasion, al cabo, nada escucha
 Y atras vuelvo furioso como un loco.
 Vuestros preceptos quebranté perjuro;
 Pero lejos de vuestros atractivos,
 Y apartado del resto de los vivos,
 Tanto he sufrido, y es mi amor tan puro
 Que debeis perdonar.

LUCIA.

Será violenta
 Esa pasion funesta que os domina;
 Mas tambien criminal: ella mi ruina,
 Mi desventura, mi dolor, mi afrenta
 Con desvario atroz solo pretende.
 Debeis, pues, resistir á su violencia,
 Y evitar para siempre mi presencia.

MANGORA.

Imposible será: todo la enciende,
 Mi resistencia toda ha sido en vano;
 Es un volcan, ilimitado, inmenso,

Y ardè en todo mi ser su fuego intenso
Cual nunca ardiera en corazon humano.
Inquieto y sin descanso, ni sosiego,
Por cumplir vuestras órdenes espresas,
Por dar fin á mi vida, ó en pavesas
Convertir de mi amor el vivo fuego,
He cruzado incansable y vagoroso,
Por montes, llanos, rios y torrentes,
Arrostrando las iras inclementes
De la tierra y del cielo borrascoso;
De tenebrosos bosques de horror llenos,
Cuyo silencio pavoroso espanta,
Y nunca hollados por humana planta,
He penetrado en los profundos senos;
Por entre laberintos de ramaje
Cruzando en busca de la muerte fiera,
He sorprendido al tigre y la pantera
En su guarida lóbrega y salvaje;
He trepado por ásperas montañas,
Y en el cráter fatal de los volcanes
He contemplado el fin de mis afanes,
Y de candente lava sus entrañas.
Procuraba morir, mas, ¡vano empeño!
Vuestra imájen do quiera contemplaba,
Y al mirar sus encantos esquivaba
De la próxima muerte el duro ceño.
Entonces, con indómita violencia

Redoblaban mis ansias y dolores;
 Invocaba á los Genios protectores,
 Y ninguno venía á mi asistencia:
 ¡Ninguno! me rodeaban solamente
 Aquellos mas siniestros y fatales;
 Lanzaban sobre mí todos los males,
 Y me agoviaba su rencor potente.

LUCIA.

¿Pero de mí qué pretendéis, Mangora?
 Yo no puedo calmar vuestro delirio.

MANGORA.

Que tengais compasion de mi martirio;
 Que con una esperanza bienhechora,
 Aunque sea lejana. . . .

LUCIA.

No me es dado
 Ni siquiera aprobar vuestra ternura.
 La fé dada á un esposo, ilesa y pura,
 Es para mí un depósito sagrado
 Que guardar debo hasta el postrer suspiro.
 Así el honor y mi deber lo ordenan;
 Con suaves grillos mi ánimo encadenan,
 Y á conservarlos solamente aspiro.

MANGORA.

¿Qué leyes son las vuestras, que tiranas
 Os aconsejan la crueldad mas dura;
 Que os mandan que la negra desventura

A su colmo lleveis? Siempre inhumanas,
Como el tigre feroz, con alegría
Contemplais á la víctima inocente,
Como el tigre, que nuevo placer siente
A cada convulsion de su agonía. . . .
Bárbaros nos llamais á cada instante,
;Bárbaros!. . . . pero en tanto, compasivas
Nuestras mujeres son: jamas altivas,
Como vosotras muestran de diamante
O dura roca el corazon formado;
Jamás, al ver de un infeliz el duelo,
Niegan crueles el menor consuelo.
;Oh! ¿Por qué nuestro suelo habeis pisado?
¿Y los Dioses por qué lo han permitido,
Si venis á verter en nuestros senos
Amargos y mortíferos venenos
Que solo vuestra Europa ha conocido;
Si venis con tormentos borrascosos
A desgarrar el corazon que tierno
Os jura sumision y amor eterno?

LUCIA.

Lo repito; sagrados é imperiosos,
Los deberes que reglan mis acciones,
En medio de los dos han colocado .
Un hondo abismo que salvar no es dado,
Un abismo que á nuestros corazones
Para siempre separa: y fuera un crimen

Solo el pensar salvar esta barrera.
 Mas no se prohíbe la piedad sincera,
 Y al ver que de los males que os oprimen
 Soy causa involuntaria, siente mi alma
 Incesante pesar; pero confío
 En que huyendo por siempre el lado mio
 Tornará á vuestro espíritu la calma
 Que os robó esa pasión en fatal día.
 Alejaos de mi vista sin demora,
 Volved á un pueblo que perdido os llora,
 Y tomad siempre á la razón por guía.

ESCENA VII.

MANGORA—TEGUAN.

MANGORA.

¡Por guía á la razón! . . . ¡vana quimera!
 ¿Tiene acaso la fuerza suficiente
 Para apagar las llamas de esta hoguera?
 ¿Lo pensará ella así? ¡Su labio miente!
 ¡Oh! ¿los dioses por qué me han condenado
 A arrastrar con afán insoportable
 Esta existencia odiada y miserable?
 Mas yo ¡infeliz! ¿por qué no me he lanzado
 En los hondos y negros precipicios;
 Por qué no he sepultado mis pesares
 En el profundo abismo de los mares?
 ¡Ya hubieran acabado mis suplicios!

TEGUAN.

¡Triste Mangora! ¡amigo desgraciado!
 ¿De ese amor hasta cuándo la violencia
 Ha de hacer miserable tu existencia?
 ¿Hasta cuándo, rendido y humillado,
 Habrás de oscurecer tu antigua gloria?
 A esa mujer que tu pasión desdeña,
 A esa mujer de corazón de peña,
 Debióras ya borrar de tu memoria.

MANGORA.

Estoy resuelto: y ella será mía.

[A Teguan.]

Parte al punto Teguan, parte ligero:
 Y dí á Siripo que yo aquí le espero.

TEGUAN.

¿A su amigo mas fiel ya no confía
 Mangora su esperanza ó sus temores.

MANGORA.

¡Oh! parte amigo, parte en el momento:
 Despues sabrás cuál es el pensamiento
 Que me inspira el rigor de mis dolores.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SIRIPO—TEGUAN (Entrando)

SIRIPO.

¿Y es esta la mansion de los tiranos
Que oprimen sin piedad mi patrio suelo ;
Que, sin saciarse su afanoso anhelo,
Se esparcen por colinas y por llanos
Sedientos de la sangre americana,
Sedientos del metal que despreciamos?
Y ¡oh, vergüenza! en un tiempo los miramos
Como á seres de estirpe sobrehumana.
¡Permitieran los Dioses este dia,
En que Siripo por la vez primera
Penetra aquí, que derrumbado fuera
Este muro entre sangre yagonia,
Al impulso fatal de la venganza
De los hijos de America que llora!

TEGUAN.

De la justicia aun no es llegada la hora.

LUCIA DE MIRANDA.

SIRIPO.

Y yo, Tegan, maldigo su tardanza.
Sufrir mas no podré á los invasores
Que á traernos vienen servidumbre infame;
Y aunque toda su sangre se derrame
No quedarán saciados mis rencores.

TEGUAN.

Rencores justos que la patria exita
En los honrados y valientes pechos,
• Contra aquel que, violando sus derechos,
Su vilipendio y perdicion medita;
Mas que debemos dominar en tanto
Que la ocasion propicia no nos llame,
Y la patria infeliz no nos reclame
Para librarla, al fin de su quebranto.

ESCENA II.

SIRIPO—TEGUAN—MANGORA.

MANGORA.

Que ese dia feliz hoy ha llegado
Me es grato el anunciaros.

SIRIPO.

¡Es posible!

¿Hoy nuestra patria se alzará terrible?
¿Hoy verá para siempre aniquilado
A ese invasor que esclavizarla quiso?

TEGUAN.

¡Mangora en otro tiempo tolerante,
Y por estraños climas poco há errante,
Por guerra se declara de improviso!
¿Es acaso ese amor que es tu desdoro
El esclusivo móvil que te inspira?

MANGORA.

Lo confieso, Teguan: mi amor delira
Por poseer á esa mujer que adoro.

TEGUAN.

¿Y de qué modo conquistarla esperas?

MANGORA.

Convirtiendo en escombros y despojos
Los muros que la ocultan á mis ojos.

TEGUAN.

Tus esperanzas son muy lisonjeras;
Mas tambien, temerarias en extremo.

MANGORA.

Tal es el fin, Siripo, que me guia
Al procurar tu ausilio en este dia;
Y tu repulsa á la verdad no temo:
Amas tu patria con ferviente celo,
La coyunda tiránica abominas,
Y hoy brotará del medio de sus ruinas
La antigua libertad de nuestro suelo.

SIRIPO.

Me asombra que creyeras, oh Mangora,
Que débil, como tú, fuera tu hermano,
Que empuñara las armas en su mano
No por la patria que sus males llora,
Por una causa del valor indigna,
Por el frívolo amor que una extranjera
Inspirarte ha sabido hábil y artera,
Y que á empañar tu nombre te resigna.
¡Oh! basta de un afecto de flaqueza,
Basta ya de rendirte á esas pasiones
Que desdeñan los fuertes corazones,
Cual desdeñaste un dia con nobleza.
Si propias son de tímidas mujeres,
Son indignas tambien de los guerreros
Que, con sus grandes hechos altaneros,
Menosprecian los débiles placeres
De ese delirio que el amor se llama.

MANGORA.

Si un solo instante contemplar pudieras
La belleza, las gracias hechiceras,
Y la dulce bondad que aun mas me inflama,
De esa mujer ó genio á quien adoro,
Veriais, no lo dudo, que un guerrero
Solo que tenga un corazon de acero
Puede menospreciar tanto tesoro.
Sobre todo, Siripo, considera

Que la ultrajada patria necesita
 De la ardua empresa que mi amor medita.
 La ocasion es feliz y lisonjera,
 Y jamas obtendremos semejante
 A la que en este dia se presenta
 Para lavar la mancha de su afrenta;
 Porque de esta mansion, hace un instante,
 La flor de sus guerreros ha partido.
 De nuestro mútuo esfuerzo á la violencia
 Ofrecerá una débil resistencia;
 Y hoy le veremos entre el polvo hundido.
 En fin, Siripo, aunque ningun valiente
 Seguir la huella de mi planta quiera,
 Aunque esta noche entre suplicios muera
 Este recinto me verá presente.

SIRIPO.

Si débiles están los castellanos
 Infalible es el triunfo. . . .

MANGORA.

No dudemos:

La propicia ocasion aprovechemos;
 Y conviertan en ruinas nuestras manos
 Estos odiosos muros.

SIRIPO.

Bien, consiento;

Consiento en vindicar tantos agravios.
 Esterminio juraron ya mis labios,

Y que hoy mismo se cumpla el juramento;
Y que hoy brille la noble independencia
De que un tiempo gozaron placenteras
Del Paraná las fértiles riberas.
¿Qué hacemos pues? con presta diligencia
Volemos á reunir nuestros guerreros,
Volemos al combate, á la venganza
Que no sufre un instante de tardanza.

MANGORA.

Cuando luzcan su brillo los luceros
En el azul espacio de la esfera,
Y envuelto el mundo en tenebroso velo
Reine el sueño y silencio en todo el suelo,
La hora será que nuestro anhelo espera,
La hora de la justicia vengadora.
Marcha; y convoca á todos los guerreros.
Treinta elije no mas, de los mas fieros,
Para que acudan en la crítica hora.
Que conduzcan copiosas provisiones,
Y vengan todos con astucia y dolo
Sin que muestre sus armas ni uno solo.
A los demas, en varias divisiones,
Encubrir puede el bosque mas vecino;
Que á la primer señal de la batalla
Deben situarse al pié de esta muralla,
Donde hallarán bien fácil el camino;
Porque sus puertas yacerán por tierra.

Marcha: y no olvides que á los treinta espero
Al huir del dia el rayo postrimero.

SIRIPO.

Sacra es para nosotros esta guerra,
Y cuanto ordenas cumpliré fielmente.

ESCENA III.

MANGORA, TEGUAN.

MANGORA.

Y tú, Teguan, al gefe castellano
Hazle decir: que en su amistad ufano,
Y mas que nunca leal y reverente,
Aquí Mangora su permiso espera
Para rendirle sincero homenaje
Y una ofrenda tambien. ¡Odioso ultraje
Que el honor sufre por la vez postrera!

ESCENA IV.

MANGORA.

¡Al fin contemplo el suspirado dia
En que debe acabar mi desventura!
La ingrata á quien adoro será mia,
Y amor me brindará paz y dulzura.
Hoy que cambia la suerte en favor mio,
Me verás, oh Lucia, en tu presencia,
Y á pesar de tu orgullo y tu desvio
Endulzarás por siempre mi existencia.

ESCENA V.

MANGORA—LUCIA, CONSTANZA.

MANGORA. (*Aparte.*)

Veo que ella se acerca. . . . ; Cuán hermosa!

LUCIA. (*Sin verlo.*)

Sí; celestial consuelo es para el alma,
 Cuando ha perdido su apacible calma,
 De una amiga, cual tú, fiel, bondadosa,
 La bienhechora y dulce compañía.
 ;Qué sería de mí, buena Constanza,
 Sin tí, sin tu amistad! sin esperanza
 Ni alivio alguno, la infeliz Lucia
 Solo vería soledad horrible,
 Desamparo do quier. . . . ; Cielos! ; Mangora!
(*viéndolo.*)

Ven : huyamos de aquí.

MANGORA. (*Interponiéndose.*)

Bella señora,
 ¿Tanto me aborreceis? ¿Será posible
 Que no me permitais ni un breve instante,
 Dar breve tregua á la afliccion que siento?

LUCIA.

Jamas del odio el bajo sentimiento
 Mi pecho conoció; pero no obstante,
 Importuna al extremo mi paciencia
 Vuestra tenaz y sin igual porfia.

MANGORA.

Señora, si la luz del nuevo día
Mañana no alumbrase mi existencia,
Si hoy mis ojos cerrara sueño eterno,
;Cuál sería lo atroz de mi tormento,
Al exhalar mi postrimer aliento
Sin obtener, siquiera, mi amor tierno
Una sola mirada menos fiera!
;Oh, compasion, piedad para Mangora!
Escuche vuestra voz consoladora,
Contemple vuestro rostro y luego muera!

LUCIA.

Cuando infelice víctima os contemplo
De esa fatalidad que así os domina,
Que tantos males sobre vos fulmina,
A todos dando lastimoso ejemplo,
Me duele que los útiles consejos
No oigais de la razon: sobre violenta
Pasion, huyendo el triunfo se presenta.
Parte, os repito; parte, y de mí lejos
La ausencia os brinde dicha y paz no escasa.

MANGORA.

Lejos de vos la muerte solo quiero.

LUCIA.

Antes que todo es mi deber primero.

MANGORA.

Ved que mi pecho en un volcan se abrasa.

LUCIA.

En vuestro auxilio la razon acuda.

MANGORA.

No; no hay remedio á mis acerbos males:
Tan eternos serán como fatales.
Y aun en la tumba tenebrosa y muda,
Consumirá esta llama abrasadora
Hasta el último polvo de mis huesos.

LUCIA.

¡Oh, moderad por Dios, tales escesos!

MANGORA. (*Enajenado.*)

No: desesperacion desgarradora,
Interminables iras y rencores,
Desolacion, estragos de venganza
Será solo mi plácida esperanza,
Será el fruto feliz de mis amores.

LUCIA.

¡Mangora! ¿Qué decís? ¿á tal extremo
Podrá, acaso, llegar vuestra demencia?
¿Podriais olvidar vuestra prudencia?
De tal delirio los efectos temo.

MANGORA.

¡Oh, señora, perdon; perdon os ruego!
Sí: mis ofensas olvidad clemente.
Se apoderó de mi convulsa frente
De abrasadora fiebre el vivo fuego;

Y trastornado el pensamiento mio,
 No pude valorar lo que decia,
 No pude conocer que os ofendia,
 Descarriado en mi loco desvario.

LUCIA.

No me ha ofendido, no, vuestra palabra,
 Solo de vuestra situacion me duelo;
 Pero me asusta y llena de recelo
 Esa pasion que vuestros males labra.

MANGORA.

Cual á un Dios os admiro reverente,
 Y es vuestra voluntad mi ley suprema:
 Y nada, nada vuestro pecho tema;
 Que obedecer sabré mientras aliente.

LUCIA.

Bien, si mis leyes ó el consejo mio
 No desdeñais, que sea desde ahora;
 Y sobre una pasion fascinadora
 Que ejerza la razon su poderio.

ESCENA VI.

MANGORA.

¡Y huye la ingrata, y sin piedad me deja
 Entregado al afan que me domina!
 ¡Y la indigna mi amor! . . . ¡Ah! ¿no imagina
 Que de este ardiente amor que me moteja
 Es la causa ella sola? ¿Acaso ignora

Que en este suelo al estampar su huella,
 Vino á robarme con sus gracias ella
 Mi sosiego, mi paz, en fatal hora?
 ¿Por qué me alucinasteis, oh Lucia?
 ¿Por qué siempre os miré dulce y risueña,
 Si cual formado de insensible peña
 En vuestro pecho un corazon latia?
 ¡Oh, si al instante de mirar mis ojos
 De vuestra faz el peligroso encanto
 Cegado hubieran en copioso llanto,
 Al ver tan solo ingratitud y enojos!
 Tal vez un pronto y útil desengaño,
 En su principio, sofocado hubiera
 La que es ahora indestructible hoguera
 Y que me abrasa con ardor extraño.
 Sí; no hay remedio, ni descanso quiero
 Mientras ingrata mi quietud destruya:
 Hoy mismo, hoy mismo mi vivir concluya,
 O mia sea, como ya lo espero.

ESCENA VII.

MANGORA—TEGUAN.

MANGORA.

¿Has visto al castellano; le has hablado?

TEGUAN.

Con placer tu mensaje ha recibido.

MANGORA.

¿Y me otorga la audiencia que le pido?

TEGUAN.

A verte en el instante se ha prestado ;
Muy pronto estará aquí.

MANGORA.

Bien; encamina
Al exterior tus pasos velozmente :
Y hasta este sitio guia nuestra gente
Al punto de llegar; que se avecina
De la noche la sombra protectora,
Y con ella el instante decisivo
En que obrar debe nuestro brazo activo,
Y en que dichoso se verá Mangora.

TEGUAN.

Serás obedecido sin tardanza.

ESCENA VIII.

MANGORA. (*Empieza á oscurecer.*)

¡Oh suspirado y crítico momento!
De inquietud y placer palpitar siento
Mi corazon henchido de esperanza. . . .
Mas llegar veo al gefe castellano.

ESCENA IX.

MANGORA—DON NUÑO.

D. NUÑO.

Una entrevista nos habeis pedido :
Y el no otorgarla injusto hubiera sido

Al mas leal y noble americano ;
 Porque es para nosotros lisonjero
 El ver á nuestro aliado nuevamente.

MANGORA.

¡ Oh señor! de favor tan eminente
 Indigno á la verdad me considero.

D. NUÑO.

No: vos merecedor siempre habeis si .
 A la amistad que franca y verdadera
 Os hemos consagrado.

MANGORA.

Yo quisiera
 Con mas título haberla merecido.
 Mas, dignaos recibir una modesta
 Y corta ofrenda del variado fruto
 Que nos dan nuestros campos en tributo,
 Cual de amistad en prenda manifiesta.
 No tardarán mis súbditos y hermanos
 Conduciendo en sus hombros el presente ;
 Y por mi boca os ruegan que clemente
 Lo recibais de sus humildes manos.

D. NUÑO.

Con íntimo placer recibiremos
 Tan cierta prueba de amistad y alianza,
 Precursora de paz y de bonanza.
 Corresponder tambien siempre sabremos:

Y uniendo mas y mas con fé sincera
 Nuestras buenas y mútuas relaciones,
 Formaremos en todas ocasiones
 Una causa comun, cual si una fuera.

ESCENA X.

MANGORA, DON NUÑO—SIRIPO, TEGUAN—INDIOS CARGADOS.

(oscuro ya, y se oye el viento.)

MANGORA.

Llegan, señor: ¿si dais vuestro permiso?..

D. NUÑO.

Con él debéis contar, noble Mangora:

Que se aproximen, que entren sin demora.

(Mangora les indica que entren, y aparecen Siripo y Teguan seguidos de indios que vienen cargados con cestos, y que salen por el lado opuesto.)

SIRIPO. *(Viendo al jefe, aparte.)*

Sufrir su vista me será preciso.

D. NUÑO. *(A un soldado.)*

Hasta nuestro local sus pasos guia.

MANGORA.

Perdonareis mi audacia sin ejemplo,
 Si fiado en las bondades que contemplo
 Os demando una gracia. Desearia....

D. NUÑO.

Hablad Mangora: usad de mas franqueza;

Que complaceros mi amistad desea
En todo aquello que posible sea.

MANGORA.

Descaria que en esta fortaleza
Nos deis albergue hasta la nueva aurora.
Enmarañada y áspera es la senda
Que guia á nuestra rústica vivienda,
Y tenebrosa y avanzada la hora.

D. NUÑO.

¿Por gracia lo pedis? Oh! buen amigo,
Permaneced en nuestra compañía;
Que hasta que torne el despejado dia
Nuestra mansion os prestará su abrigo.
En tanto perdonadme; que á otro puesto
Reclama en este instante mi presencia
De mi deber estricto la exigencia.
A bien, que á vernos volveremos presto.

MANGORA.

Como mandeis, señor.

ESCENA XI.

MANGORA, SIRIPO.

(Se oye la tempestad.)

MANGORA.

Y bien, hermano;
¿Combinaste los medios de esta empresa?
¿A los nuestros del bosque mas cercano
Cobija el manto de la sombra espesa?

SIRIPO.

Cual lo mandaste, todo he preparado:
Todos nuestros intrépidos valientes
La señal solo eperan impacientes.

MANGORA.

Pero tú, ¿por qué te has anticipado?
Deberias hallarte al frente de ellos.

SIRIPO.

Porque hierve la sangre entre mis venas;
Y el primer eslabon de las cadenas,
Que oprimen con escarnio nuestros cuellos,
Trozar hoy quiero con robusta mano.
Aquí serán mis golpes los primeros,
Y allí fueran sin duda los postreros,
Es este pues el puesto de tu hermano.

ESCENA XII.

MANGORA, SIRIPO—TEGUAN—LOS INDIOS.

MANGORA. (*A Tegan.*)

¿Reina el descuido y el silencio, acaso?

SIRIPO. (*Id.*)

¿Reina ya el sueño precursor de muerte?

TEGUAN.

Sí; presto yacerá en quietud inerte
El enemigo en prevision escaso:
Mira en nosotros sus amigos leales,
Y aquí nuestra presencia no comprende.

Todo lo he visto, todo: desatiende
La guarda de sus puestos principales.

MANGORA.

Bien; que avance la noche en su carrera
Le conviene esperar á nuestra empresa.
Será así mas completa la sorpresa
Del que en brazos del sueño nos espera.
Si en obrar nuestro brazo se retarda,
Refrenad la impaciencia, compañeros;
Que serán nuestros golpes mas certeros
Entre esa grey dormida, que no aguarda
= Que de los nobles Timbúes ultrajados,
Y compelidos por su justo enojo,
A tanto llegue el atrevido arrojo.
Y mientras que nos vemos congregados
Saber debeis los planes que medito.
El golpe considero mas seguro,
Si aun antes de allanar el foso y muro,
Poblando el aire con guerrero grito
Que resuene en los bosques cavernosos,
Entregamos á llama asoladora
El enemigo parque. Sin demora
Cundirán sus efectos horrorosos,
Evitando trabajo á nuestras manos;
Y entre torrentes de humo, sus reflejos
Esparcidos en torno y á lo lejos,
Como anuncio verán nuestros hermanos

De ese momento de justicia y gloria,
Y en nuestro auxilio volarán veloces.

SIRIPO.

Llegó el momento: seamos atroces;
Sea completa y ruda la victoria;
Llevemos todo á fuego y esterminio;
Alcance á todos hoy fallo de muerte,
Al débil niño y al guerrero fuerte:
Todos perezcan.

MANGORA.

No; no es mi designio
Que en crueldad implacable se convierta
La venganza tan justa que tomamos
De la opresion y agravios que lloramos:
No es mi designio que tambien se vierta
De la mujer la sangre y del infante.
Ellos son inocentes: á su influencia
No debemos el mal. Y su sentencia
Arrojara un oprobio denigrante
= Sobre los nobles Timbúes: se diria
Que, renunciando á ser justos y humanos,
Llevamos la muerte á los tiranos
Solo por usurpar su tirania.
Os lo mando: esta noche noblemente
Respetad à la débil inocencia.
De lo contrario, toda inobediencia

Yo sabré castigar ejemplarmente;
 Pues lo que ordeno que se cumpla quiero.

SIRIPO.

Tu mandato será bien observado.
 Mas solo la piedad no lo ha dictado,
 Que otro interes mas grato y lisonjero
 A ser del débil protector te inclina;
 Tal vez doña Lucia. . . .

MANGORA.

No lo niego:
 Desde que siento de su amor el fuego,
 Desde que ví su imágen peregrina
 De piedad el instinto en mí renace.
 La mujer que esclusiva nos hechiza
 Con blanda influencia el corazon suaviza,
 Y amable y bella la piedad nos hace.
 Por último, Siripo: si la muerte,
 Cortando acaso á mi esperanza el vuelo,
 Cubre mis ojos con su mustio velo,
 Menos cruel será mi dura suerte,
 Que de mi bien me aleja harto temprano,
 Si me juras que en tí Doña Lucia
 Hallará la afectuosa simpatia
 De un padre tierno y bondadoso hermano.
 Halle siempre piedad consoladora;
 Y cuando esté su espíritu sereno,
 Y no palpите de temor su seno,

Házla un recuerdo de su fiel Mangora:
Dila, Siripo, que murió por ella.

SIRIPO.

Cumplir tu voluntad yo te prometo:
Hallará en mí benignidad respeto,
Y le hablaré de tí.

MANGORA.

(La tempestad arrecia.)

Bien; la huella

Que á la victoria nuestro esfuerzo guia
Franca está en este crítico momento:
¿No oís de los Genios el terrible acento
Entre el horror de tempestad bravia?
¿No veis del rayo la vibrante llama?
¿No oís el trueno que retumba ronco
Del huracan entre el rugido bronco?
Es la voz de los Genios que nos llama,
Que imperiosa nos llama á la pelea.
Volemos pues á la venganza, hermanos;
Sí: preparad en las robustas manos
La aguda pica y encendida tea.

(Lo hacen.)

¡Oh, de la patria Dioses protectores!
En esta noche ansiada y memorable
Conceded vuestro auxilio favorable
De América á los bravos vengadores:
Todos hoy mueran, si lo creis preciso,

Pero hoy la patria rompa su cadena,
Y libre se alce y de trofeos llena.

SIRIPO.

; Ruina al que aleve esclavizarla quiso!

(Salen con precipitacion; estalla el incendio con una explosion; se oye un alarido prolongado;) y dá

FIN EL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena rodeada de las ruinas del fuerte y arboleda;—al fondo se ve el Paraná; día claro.

ESCENA PRIMERA.

SIRIPO—TEGUAN.

(Siripo lleva la espada de D. Nuño.)

TEGUAN.

Sí: nos cubrimos de una eterna gloria;
Pero rendimos fúnebre tributo:
Amargo duelo y angustioso luto
El caro precio fué de la victoria.
¡Oh, bien nos cuesta! del mejor valiente,
Del que á su patria amó con mas desvelo,
De tu hermano, Siripo, tiñe el suelo
La sangre que vertió mano inclemente.
Le ví yo mismo en su postrer momento:
Yo ví en el pecho de mi noble amigo
Hundido el hierro atroz de su enemigo;
Y entre mis brazos exhaló su aliento,
Esclamando con voz desfallecida:
“Adios, amigo; estaba decretado:

“El bien por quien yo tanto he suspirado
 “Me arrebatan los dioses con la vida ;
 “Me separan por siempre de Lucia.”
 ;Fatalidad cruel en desengaños!
 ; Lo hemos perdido en sus floridos años,
 Y ha perdido la patria en solo un dia
 Años enteros de esperanza y gloria!

SIRIPO.

Murió cual bravo y de Siripo hermano :
 Vengó su muerte con su propia mano :
 Hizo inmortal, muriendo, su memoria.

TEGUAN.

Al punto mismo de sentirse herido
 Vibró su pica con vigor postrero
 Al corazon de su adversario fiero :
 Y ante sus piés se desplomó rendido
 Y exánime Don Nuño.

SIRIPO.

¡ Oh, valeroso,

Oh, intrépido Mangora, tu carrera
 Haber sido tan breve no debiera.

TEGUAN.

¡ Ah, consagremos llanto doloroso
 Y eterno!

SIRIPO.

Hemos vertido á su memoria
 Suficiente, Teguan. De los guerreros

No con lágrimas y ayes lastimeros
Debe honrarse el recuerdo de su gloria.
Sobre toda la estirpe de tiranos
De Mangora la sangre en este instante
Venganza exige, porque aun no es bastante
La que le han ofrecido nuestras manos:
Y la ofrenda tal es que desde ahora
A su memoria consagrar debemos.
Partamos pues; partamos y llevemos
El estrago de guerra asoladora
A do quier que se oculten temerosos
Los que lograron evitar su ruina.

TEGUAN.

Esterminio tu labio les fulmina,
Y no miras que en males desastrosos
Cambiaría la próspera fortuna,
Si por llevar la guerra á sus guaridas
Dejaramos las selvas conocidas.
Ademas, antes que la nueva Luna
Del Paraná ilumine la corriente,
Vendrán guiados por fatal confianza,
Y ofrecerán su sangre á tu venganza.
Sea desde hoy nuestro valor prudente:
Y en vez de ir á retar los Castellanos,
Arrostrando traidoras emboscadas,
Por sendas de nosotros ignoradas,

Un nuevo muro eleven nuestras manos
Con las ruinas del que hemos demolido.

SIRIPO.

¿Qué propones, Teguan? ¿Tal cobardia,
= Olvidando los Timbúes su osadia,
Demostrarán despues de haber vencido?
;Y cuál fuera el oprobio denigrante
Que empañaría nuestros claros hechos,
Si entre muros inútiles y estrechos
Buscáramos amparo un solo instante,
Temiendo á un enemigo que no existe!
Dejemos precaucion tan importuna,
Y gocemos del lauro que Fortuna
Concede al noble ardor que nos asiste,
Que á los afanes la quietud sucede.
En tanto, á los guerreros hoy reparte
Los despojos del triunfo en igual parte,
Y que ninguno descontento quede
Del justo premio á su valor debido.

TEGUAN.

Mas tu parte resérvate el primero.

SIRIPO.

Este hierro homicida solo quiero.
Con sangre de Mangora fué teñido:
Y hoy en mi mano, con mas digno empleo,
Instrumento será de mi venganza.
Pero cumple mi encargo sin tardanza,

Porque acaso tal vez nuevo trofeo
Alumbra el claro Sol del nuevo día.
Pero escucha un instante: la estrangera
Que se halla entre nosotros prisionera,
Antes que todo á mi presencia guía.

(Teguan habla aparte con un indio que sale luego y Siripo prosigue.)

Veré si de su rostro el atractivo
Es cual decia el infeliz Mangora,
Veré si los encantos que atesora
Puede rendirme ante sus piés cautivo.

TEGUAN.

Tú juzgarás en este mismo instante.

SIRIPO.

¿Miras esa mujer? ¡Sin duda es ella!

TEGUAN.

La misma, sí,

SIRIPO.

No he visto otra mas bella.

TEGUAN.

Se revela el dolor en su semblante.

SIRIPO.

En verdad, que ni gracia ni hermosura
Jamás igual he visto.

ESCENA II.

SIRIPO, TEGUAN—LUCIA—CONSTANZA.

(Lucia llega con sumo abatimiento.)

LUCIA.

¿Quién me ordena
Dejar la soledad grata á mi pena?
Quién aleve interrumpe mi amargura,
Y á este lugar funesto me conduce?

SIRIPO.

Señora, disipad vuestros temores,
Que os hallais entre nobles vencedores,
No temais que jamas Siripo abuse
De vuestra situacion.

LUCIA.

¿Mas tú quién eres?
¿Mandas que comparezca en tu presencia
Para anunciarme acaso mi sentencia?
¿Verme abatida ante tu orgullo quieres?
¿Eres mi juez ó mi verdugo infame?

SIRIPO.

De Mangora el hermano, injusto agravio
No merece escuchar de vuestro labio,
Aunque ira y pena vuestro pecho inflame.

LUCIA.

¡Hermano de Mangora! El justo cielo
Castigó sin piedad cual merecía,

Su vil traicion, su infame alevosía.
 ; Terrible ejemplo de justicia al suelo !
 ; Temblad, temblad, si mereceis su enojo !

SIRIPO.

Respetad la memoria de mi hermano,
 Que noble fué su corazon y humano.
 Amó á su patria y con heroico arrojo
 Riesgos, fatigas, desafió por ella,
 Y en los combates siempre fué el primero.
 Tambien fué débil ; y su amor sincero
 Os consagró cuando os miró tan bella.
 Por vuestro bien su voluntad postrera
 Se interesó ; y al exhalar su aliento
 Solo ocupabais vos su pensamiento.
 Me confió vuestra suerte venidera,
 Y cumplir su deseo he prometido.

LUCIA.

Bien: restituidme, justo y generoso,
 Mi paz, mi libertad, mi amado esposo.

SIRIPO.

¿ Vuestro esposo decis? ¿ No ha perecido ?

LUCIA.

No: lo ha salvado el Dios á quien adora.
 No era llegado su fatal destino,
 Y lejos de este sitio que abomino
 Lo retuvo su mano protectora.
 ; Oh, permitidlo y á su encuentro vuelo.....

Mas, ¿qué teneis?.. ¡Vuestro mirar sombrío!...
 Tan repentino cambio á pesar mio,
 Me sorprende, me llena de recelo.

(Siripo se demuda de pronto como lo espresan los versos, y se aleja bruscamente.)

ESCENA III.

LUCIA, CONSTANZA.

LUCIA.

¿Viste la alteracion de su semblante?
 ¿En su mirada atroz, viste, Constanza,
 Cual pintábanse el odio y la venganza?
 ¿A sus rencores no será bastante
 La sangre derramada por su mano?
 ¿Qué su saña será tan inaudita,
 Que cou nuevo furor brama y se agita
 Al oir que existe un solo castellano?
 ¡Qué funesto presagio el que me abruma!
 ¡Ay, yo que á la esperanza y al consuelo
 Mi corazon abria con anhelo,
 Solo debo esperar que me consuma
 El inmenso dolor que agovia el alma!

CONSTANZA.

¡Ah! no desmaye tu ánimo, Lucia:
 Siempre despues de tempestad bravía
 Vuelve la quieta, deliciosa calma.

LUCIA.

Constanza, te alucina tu ternura.
Sí; no debe tornar para tu amiga
Ni aun la esperanza que el pesar mitiga:
Solo me guarda, sí, mi desventura
El sendero fatal de los dolores.

CONSTANZA.

¿Qué no esperas en plácidos abrazos
Estrechar á tu esposo entre tus brazos?

LUCIA.

El salvó de la ruina y los horrores
Que sufrieron sus tristes compañeros,
Bañando en sangre este lugar de muerte;
Pero ¡ay! tal vez... tal vez la misma suerte
Le reservaron asesinos fieros,
Distante de los brazos de su esposa.
Y ni podré siquiera con mi llanto
Regar la tumba del que amaba tanto!
¡Oh! si á tu vida, para mí preciosa,
Ante mi vista hubiesen atentado,
Tu Lucia te habría defendido;
Sí: mi pecho tu escudo hubiera sido,
O reunidos hubiéramos bajado
Al seno de la tumba, nuestro aliento,
Nuestra mirada confundiendo amante,
Y haciendo dulce tan temido instante.

CONSTANZA.

Tu alma se entrega á intenso sentimiento
Sin fundada razon, triste Lucia:
Si lo salvó la justa Providencia
Ella debe velar por su existencia.

LUCIA.

¡Quiéralo el cielo!

CONSTANZA.

En su bondad confia.

LUCIA.

Mis pasos acompaña á la ribera.
Quiero ver la corriente que cortaba
Su bajel que de mí lo separaba.

ESCENA IV.

SIRIPO.

Entra por el lado opuesto, al desaparecer ellas, sin verlas.

¡Se ha marchado; y acaso de mí huyera!
¿Qué poder invencible ó que demencia,
Subyugando mi débil albedrío,
Hácia ella me arrastra á pesar mio?
¿Tanta será de una mujer la influencia
Que conmovier mi corazon consiga?
¿No me es dado explicar mi sentimiento?
¿Es dolor, es placer lo que yo siento?
¿Acaso amor á suspirar me obliga?
No puede ser: flaqueza semejante

No humillará jamas mi altivo orgullo.
 ¡Yo, adormecido al seductor arrullo
 De ese delirio, y suspirando amante!
 ¡Qué una débil mujer así me ligue!
 ¡Imposible! ¡jamas! mi oprobio fuera.
 ¿Pero lo puedo yo, si por do quiera
 De esa mujer la imájen me persigue?
 Por do quiera me sigue tenazmente,
 Y en mis oídos sin cesar resuena
 El eco de su voz que me enajena,
 Y es un volcan abrasador mi frente.
 Sufrir no puedo ni la ausencia de ella,
 No puedo resistir, todo es en vano:
 Un poder misterioso, sobrehumano
 Me impele en pos de la mujer mas bella.
 ¡Oh, Lucía fatal! ¿dónde á mis ojos
 Se oculta tu belleza soberana?
 Ven; y contempla tu victoria ufana:
 Ven; y á Siripo mirarás de hinojos.

ESCENA V.

SIRIPO—TEGUAN.

.. TEGUAN.

He cumplido segun tus instrucciones:
 Entre nuestros guerreros distribuido
 El premio queda á su valor debido.
 Satisfechos al ver sus galardones,
 Proclaman tu nobleza en alto acento,

Y juran por los Dioses de la guerra
 Seguirte á los confines de la tierra,
 Si allá te guía el bélico ardimiento.
 Mas ¿qué tienes, Siripo? Yo te extraño.
 ¿Acaso te serán indiferentes
 Las pruebas de lealtad que tus valientes,
 Unánimes, te ofrecen sin engaño?

SIRIPO.

¿Qué me importa su estéril alabanza?
 ¿Devolvermè el sosiego ella podría?
 ¿Podrá calmar la tempestad bravia
 Que aquí lucha entre angustia y esperanza?
 (*Indicando el corazon.*)

¡Soy el mas infeliz de los humanos!
 Hoy, en vez de la gloria lisonjera,
 Un porvenir de humillacion me espera;
 Y hasta á los mismos Timbúes, mis hermanos,
 Afrentará mi degradado nombre.

TEGUAN.

¡Qué trastorno!. . . . ¡que cambio repentino!
 ¿Qué mutacion ocurre en tu destino?

SIRIPO.

Si, Teguan; es muy justo que te asombre
 La triste situacion en que me miras:
 Contemplas abatida y humillada
 La altivez de Siripo no domada:

TEGUAN.

Sin temer los efectos de tus iras
¿Te causaron acaso algun agravio?

SIRIPO.

Déjame: yo no se lo que me pasa:
Sé que un volcan mi corazon abrasa;
Mas no puede esplicártelo mi labio.

TEGUAN.

¿Qué misterio! . . ¿Será remordimiento
De un triunfo?

SIRIPO.

Me avergüenzo de mí mismo

Al verme despeñado en este abismo,
¿Y quieres que revele lo que siento?
;Pero al fin, qué me resta! no podria
Soportar el secreto de mi pena.
Admira mi flaqueza: hoy encadena
Mi libre voluntad Doña Lucia;
Hoy me subyuga su sin par belleza.
Si: con delirio, con furor la adoro,
Y es su amor mi delicia, mi tesoro.
Hoy ni poder, ni honores, ni grandeza,
Nada ambiciono para mí sin ella:
Sin ella, todo cuanto adoro el mundo
Solo me inspira ya tedio profundo.
No hay en el orbe otra muger tan bella,
No hay armonias cual su voz sonora,

Y en su mirada, hasta en su mismo llanto
 Hay un poder de irresistible encanto.
 ¿Quién al verla, Teguan, tan seductora
 No postraria ante ella en el instante
 Su altivo orgullo, su esperanza y gloria?
 ¿Quién disputarle puede la victoria?
 Perdona mis transportes: delirante
 Esta pasion me ciega, me domina. . . .
 Amigo, no lo digas, te lo ruego:
 Ignore el mundo de mi amor el fuego,
 Por siempre ignore de mi honor la ruina.

TEGUAN.

A la verdad, Siripo, no creyera
 Que incurres en la falta de Mangora,
 Ofendiendo á una esposa que te adora,
 Si de tu propio labio no lo oyera.
 ¿Y mas digna será de tu ternura
 Que Glaudina infeliz Doña Lucia?

SIRIPO.

Recien he conocido en este dia
 El singular poder de la hermosura.
 Aunque haya sido de Glaudina esposo
 Siempre fuí su señor, mas no su amante,
 Siempre miré cual nota denigrante
 El pretender, solícito, afanoso,
 El caprichoso amor de las mugeres
 Siguiendo en pos sus veleidosas huellas.

Solo, Teguan, consideraba en ellas
 Débiles siervos, abatidos seres
 A nuestra ley suprema sometidos.
 De otro modo los Dioses dispusieron,
 Porque mi orgullo domeñar quisieron,
 Fascinando á tal punto mis sentidos
 Que me parecen siglos los momentos
 En que me hallo distante de Lucia.
 ¡Ah! desde hoy para siempre será mia,
 Mitigando mis ansias y tormentos,
 Correspondiendo á mi pasion inmensa.
 No mas dudar: revelará mi acento
 Ante sus plantas el amor que siento,
 Y esperaré la justa recompensa.

ESCENA VI.

HURTADO—GARCIA.

(Entran por el lado opuesto sin ver salir á Siripo y Teguan.)

HURTADO.

¡Oh, gran Dios! qué espectáculo terrible
 Consideran atonitos mis ojos!
 ¡Convertido en escombros y despojos
 Nuestro fuerte! Lo creí inaccesible
 Ante toda la fuerza americana.
 Tan solo la traicion y alevosia,
 Fraguada entre el horror de noche umbria,
 Pudo teñirlo en sangre Castellana,

Y reducirlo á miserables ruinas.
 ¡Fatalidad! Sus nobles defensores,
 Bajo el atroz puñal de los traidores,
 Esterminados son! ¿Por qué fulminas,
 Justo cielo, tus rayos soberanos
 Sobre el tímido y débil inocente?
 ¿Por qué no fuiste en tu rigor clemente
 Y á Lucia infeliz?... ¿En tus arcanos
 Por qué quisiste que en funesto dia
 Mi planta-encaminase lejos de ella?
 Me hubiera opuesto á su fatal estrella,
 Y en su defensa derramado habria
 Gota á gota la sangre de mis venas.

GARCIA.

Tu herida fantasia te presenta
 Cual cierta la desgracia, y acrecienta
 Antes de tiempo tus acerbas penas:
 Tal vez en salvo tu querida esposa. . . .

HURTADO.

¿Lo crees así?

GARCIA.

Si, amigo; no lo dudo:
 Ser el indio tan bárbaro no pudo
 Que apagara existencia tan preciosa.

HURTADO.

Siempre cruel será su dura suerte:
 Si aun respira, si aun vé la luz serena;

Sufrirá del esclavo la cadena,
Y esto es horrible cual la misma muerte.

GARCIA.

¿Y cuál es el objeto que nos guía
Al volver á pisar estas mansiones?
¿No es á trocar sus rígidas prisiones
En dulce libertad, paz y alegría?

HURTADO.

¡Cuánto te debe tu infeliz amigo!
¡Cuánta atención á tu amistad sincera!
¡Dónde consuelos encontrar pudiera
Sino me hallara sin cesar contigo!
¡Quién mi esperanza hubiera fomentado!

GARCIA.

Si te acompaño en tu desgracia y pena,
Yo no hago mas sino lo que me ordena
De amistad el deber dulce y sagrado.

HURTADO.

¡Ah! qué bendiga esta amistad el cielo,
Que el infortunio aleje de tu frente. . . .
¡Y yo te espongo! ¡y yo, tan imprudente,
Permito que me sigas y este suelo
De muerte y destrucción pise tu planta!
Huye, amigo, por Dios; huye te ruego,
Que el peligro te cerca, y no sosiego.
Tu ruina evita y desventura tanta
A tu amigo.

GARCIA.

No esperes que cobarde
Me aleje un vil temor de tu presencia
Cuando mas necesitas mi asistencia;
Si, tal vez la ocasion no se retarde
En que ser útil á tus planes pueda.

HURTADO.

Si aun existe Lucia en este instante
A salvarla ó morir seré bastante:
Parte pues ya.

GARCIA.

Nuestra amistad lo veda,
Y no persistas, no, en que te abandone;
Que esclavitud, insultos, cruda muerte
Sabré arrostrar en tanto que la suerte
Mas próspera tu anhelo no corone.

HURTADO.

Salvar mi esposa, si cautiva gime,
Salvar mi esposa ó perecer me ordena
Deber de amor: mi planta aquí encadena
Y de toda otra obligacion me exime;
Mas no así el tuyo, amigo, que te llama
A otra atencion que tu amistad olvida
Es de la patria tu valor, tu vida,
Y ella tan solo tu sosten reclama.

GARCIA.

Dueña es la patria de mi sangre, amigo ;
Pero ella nunca condenar podría
La mas dulce afeccion del alma mia,
Y el deber santo que á cumplir me obligo.
No niegues, no, con tu tenaz porfia
A un fiel amigo el endulzar tu suerte.

HURTADO.

¡ Ah! por mí solo corres á la muerte!

GARCIA.

No recien mi valor la desafía,
Pero cede por fin á mis razones
Y el breve tiempo que huye aprovechemos.
Si te parece bien, examinemos
Estas selvas, abrigo de traiciones.
Tal vez que en ellas algun indio errante
Logremos encontrar que nos indique
Donde se alberga su feroz Cacique,
O que hasta él nos guie en el instante.
A ese lado tus pasos encamina,
Que en tanto, del opuesto yo me encargo.

ESCENA VII.

HURTADO.

¡ Cuánto sería mi dolor de amargo
Sin tus consuelos, amistad divina!
Me encontraria sin vigor, inerte,

En el silencio y soledad profunda
 Como en este momento me circunda.
 Sí; muda soledad, horror y muerte
 Este lugar de maldición respira,
 Este lugar que sustentó el cimiento
 Del castellano muro. . . . ¿Y un momento
 Bastó á destruirlo cual mi vista mira?
 ; Todo es ruina y escombros empapados
 En fresca sangre que caliente humea
 Y al cielo clama que vengada sea!
 ; Todo es horror! espectros descarnados
 Cruzar parece por el aire vago,
 Lanzando triste y lugubre lamento. . . .
 ; Ay! huyamos de cuadro tan sangriento,
 Huyamos, sí, de tan horrible estrago.

(Se detiene al oír la voz de Lucia.)

ESCENA VIII.

HURTADO—LUCIA.

LUCIA.

(Desde adentro.)

El es; no hay duda: yo escuché su acento.

(Al llegar y arrojarle en sus brazos.)

; Hurtado! ; esposo mio!

HURTADO.

; Oh, mi Lucia!

; Mi dulce esposa!

LUCIA.

¿Es sueño mi alegría,
Es sueño ó realidad? ¿tan gran contento
Esperé yo jamás?

HURTADO.

¡Ay! ¡era cierto;
Existe: oigo su voz, su rostro miro!

LUCIA.

Sí; lo estrecho en mis brazos; no deliro!
¡Cuánto he llorado tu destino incierto!
Mas, ¿cómo has vuelto? dí, ¿qué no te hirieron!
¿No te han visto los viles asesinos
Que atraviesan por bosques y caminos?
Dime por Dios, ¿tus pasos no siguieron?

HURTADO.

No te alarmes, Lucia: te protesto
Que sí peligros ví fueron lejanos.

LUCIA.

¿No has cruzado por selvas y por llanos
Para llegar á este lugar funesto.

HURTADO.

No: de este claro rio la corriente,
Sosegada y propicia, abrió camino
A una lancha á que fié nuestro destino.
Pero, la duda que mi pecho siente
Esclarece, Lucia, en el instante:
Dí ¿te afligen con bárbaros rigores?

Dí, ¿ te afrentan con hierros opresores ?
 ; Cuánta angustia mortal, de mí distante
 Tendrias que sufrir, mitad de mi alma !
 ; Cuántas humillaciones! Pero olvida
 Los pasados dolores ; si, querida :
 Vuelva la dulce y bienhechora calma
 A tu agitado y conmovido pecho,
 Que miras á tu lado al fiel esposo
 Que á salvarte ó morir vuelve anheloso.

LUCIA.

Si Hurtado, si ; tranquilo y satisfecho,
 Solo de gozo el corazon palpita :
 Si estoy cerca de tí no me estremece
 La esclavitud que el bárbaro me ofrece.

HURTADO.

¡ Oh, cielos ! ¿ es verdad ? ¿ con inaudita
 Con bárbara crueldad, con vil cadena ?
 ¡ Oh, suerte malhadada y afictiva !

LUCIA.

Si, Hurtado, es la verdad : me hallo cautiva,
 Pero modera tu inquietud, tu pena.
 Que no es mi situacion tan lamentable
 Como piensas : cruel es y violento
 Siripo ; mas la súplica y lamento,
 Nuestra misma flaqueza, su implacable,
 Su atroz enojo desarmó sin duda,
 Le inspiró una piedad para él estraña ;

Respetó la inocencia. ¡Oh, si á su saña
De humanidad la voz aun menos muda
En la noche fatal hubiera sido!
Sus furores se hubiesen aplacado
Sin que esterminio atroz. . . .

HURTADO.

Que, ¿no ha salvado,
No ha salvado ninguno?

LUCIA.

Han sucumbido
Los infelices todos.

HURTADO.

¡Dios piadoso,
Que cúmulo de horror!

LUCIA.

Si: fué tremendo,
Aun creo que mis ojos están viendo -
Cual un infierno este lugar odioso.
Espectáculo tal, estrago tanto
Tanto fragor y confusion horrible,
Referirte mi labio es imposible,
Imaginar podrá todo su espanto
Tan solo aquel que como yo lo viera.
Si; yo lo he visto, y de terror y miedo,
Con su recuerdo que alejar no puedo,
Se hiela el corazon. . . . ¿Y quién hubiera
Que no temblara entonces? Espantoso

El choque de las armas resonaba,
Y por do quier la sangre salpicaba,
Y se escuchaba en eco clamoroso
Amenazas, lamentos y halaridos.
Todo ruina y rencores encontrados:
Caian como moles, desplomados,
A un tiempo vencedores y vencidos,
Maldiciendo el rigor de sus destinos.
Mientras tanto su furia asoladora
Dilataba el incendio: aterradora,
Del humo entre los densos torbellinos,
Se elevaba la llama al firmamento,
Y alumbraba en siniestros resplandores
De esta escena sangrienta los horrores.
¡Oh, qué noche, qué noche de tormento!
Parecia tambien que el justo cielo
Lanzado habia maldicion tremenda
Sobre tanto delito, sin enmienda,
Que ha presenciado este abatido suelo:
Desenfrenado el huracan bramaba,
Y retumbaba prolongado el trueno
Conmoviendo la tierra hasta su seno,
Y con fragor horrísono estallaba
El rayo abrasador. ¡Oh, si dictaron,
Dios justiciero, el fallo tus enojos,
¿Por qué tambien los aterrados ojos
De esta infeliz mujer no se cerraron,
Sin que mil muertes sin morir sufriera?

HURTADO.

Yo solamente, yo, cual caballero
 Aquí debí morir: aquí mi acero
 Con debido rigor vengado hubiera
 Tanta sangre, y al bárbaro inhumano
 Vendiéndole también cara la mía.
 Mas tal vez de otra suerte dispondría
 Del justo cielo el insondable arcano;
 Tal vez me reservaba, bondadoso,
 Para cumplir con el deber más santo
 Para emjugar tu dolorido llanto,
 Para salvarte en fin; y presuroso
 Debo cumplir su voluntad divina.
 Ven, pues; huyamos sin perder instante:
 Nos espera la larcha no distante
 De este sitio fatal.

LUCIA.

¡Dios, encamina
 Nuestros pasos con mano protectora!

ESCENA IX.

HURTADO, LUCIA—GLAUDINA

[*Glaudina se les presenta al paso.*]

GLAUDINA.

¿Dónde vais, imprudentes, donde?..

LUCIA.

¡Cielos!

¡Glaudina!

HURTADO.

¡Maldicion! ¿y mis desvelos
Inútiles hará? muere traidora.

(*va á herirla.*)

LUCIA.

¿Qué haces? No....

(*Deteniéndolo.*)

GLAUDINA.

Hiere; mas oyeme primero.

HURTADO.

¿Quieres decirme que á perdernos vienes?

GLAUDINA.

Vengo á decirte que en mis manos tienes
Tu salvacion; porque yo asi lo quiero,
No que merezcas.

HURTADO.

¿Es tu pecho humano?

¿Nuestra desgracia compasion te inspira?

No; traicion respirais, y la mentira

Dictó, sí, tus palabras.

GLAUDINA.

¡Castellano!

Ten tu lengua atrevida: al vil engaño

De Siripo la esposa no descende.

Tiembla, imprudente, si mi enojo enciende

Agravio tal que para mí es extraño.

LUCIA.

¡Perdónalo por Dios! Si te ha ofendido
No lo advirtió: con inquietud profunda
Vemos do quier que el riesgo nos circunda.
¡Tanto susto y dolor hemos sufrido!

GLAUDINA.

Bien, ¿confiarme quereis de vuestra suerte
El cuidado? decid.

HURTADO.

Te agradecemos:
El medio de salvarnos poseemos;
Y si á nadie revelas. . . .

GLAUDINA.

A la muerte
Que os espera correis: ya no se ignora
Vuestra vuelta.

LUCIA.

¡Dios mio!

HURTADO.

¡Será cierto!

¿Lo sabes? ¿lo has oido?

GLAUDINA.

Han descubierto
Tu lancha, tu esperanza; y á esta hora,
Emboscados te esperan cien guerreros
Para verter tu sangre.

LUCIA.

¡Ay de tí, Hurtado!

¿Quién te salvará? ¿quién?..

GLAUDINA.

¿No has escuchado

Que mi amparo le ofrezco? Por senderos

Apartados y poco conocidos,

Un conductor de toda mi confianza

Debe guiar vuestros pasos sin tardanza.

LUCIA.

¡Oh, cuánta es tu bondad!

GLAUDINA.

Y conducidos

Sereis hasta pisar nuestra frontera.

Marchad; y no perdais un solo instante,

Que os llama la ocasion. Poco distante

De este lugar el conductor espera.

(Les indica la direccion.)

HURTADO.

¿Y Garcia?..

LUCIA.

¿Y Constanza? ella es mi amiga.

GLAUDINA.

Os esperan tambien.

HURTADO.

¡Nos das consuelo!

Nuestro ángel bueno tu eres en el suelo.

LUCIA.

Que Dios te recompense y te bendiga.

ESCENA X.

GLAUDINA.

Entre Siripo y ella una muralla,
Un abismo interpongo; y hoy su pecho
A su impotente rabia será estrecho.
; Oh, mi venganza satisfecha se halla!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

GLAUDINA—TEGUAN.

GLAUDINA.

Sí: cuál es tu lealtad y tu prudencia
Bien conozco; y su fuga al revelarte,
Pruebas de mi confianza quise darte.

TEGUAN.

Yo te habria ofrecido mi asistencia
Si tus designios penetrado hubiera;
Porque he visto con harto desagrado
Al altivo Siripo fascinado,
Y rendido al amor de la estrangera,
Cual su infeliz hermano.

GLAUDINA.

¡Es un infame!

¡A su esposa olvidar solo por ella,
Porque á sus ojos se ofreció mas bella!
Me conformo, Teguan, con que no me ame;
Pero si á otra muger él me pospone,

Sufrirlo resignada yo no puedo :
 De los derechos míos yo no cedo,
 Por más que airado en su furor se encone,
 Y además mi deber habré cumplido.
 No lo estrañes, no olvides, tú que miras
 Brotar del pecho mis celosas iras,
 Que soy muger, y que mi orgullo ha herido.

TEGUAN.

Justo es sentir la ofensa inmerecida,
 Justa es también la indignación, la queja;
 Pero olvidarse debe, si se aleja
 Lo que causó del corazón la herida.

GLAUDINA.

Si, nada hay que mi calma desazone;
 No más debe inquietarme la estrangera:
 Entre Siripo y ella la barrera
 De una larga distancia se interpone.
 No sufrirá tropiezo en su camino,
 Y entre los suyos hallaráse presto,
 Para nunca volver. Yo la detesto,
 Y á merced de ella puse su destino;
 Porque mis propios celos y rencorés,
 Para alejarla, así me lo dictaron,
 Y mi justa venganza prepararon.
 Sí, del infiel los tetricos furores,
 Cuando ya sepa, por el labio mío,
 Que á retener su presa entre sus manos

Sus cuidados y afanes fueron vanos,
 Me vengarán de su desprecio impio.
 Y solo tardará su desengaño,
 En que me gozo anticipadamente,
 El tiempo à la estrangera suficiente
 Para pisar en territorio extraño.
 Mi agravio allí con ella se sepulta. . . .
 Mas, le veo venir lleno de afanes.
 ;Si habrá sabido, y frustrará mis planes!

ESCENA II.

TEGUAN, GLAUDINA—SIRIPO, INDIOS

SIRIPO.

(Llega agitado.)

¿No sabeis, no sabeis donde se oculta?
 ¿Todos lo ignoran? ¿nadie sabe de ella?
 ¿Y lo pregunto, y nadie me responde?
 Hablad; decid: en qué lugar se esconde
 Para seguir sin detencion su huella.

GLAUDINA.

¿Sé yo acaso á quien buscas?

SIRIPO.

A Lucia.

GLAUDINA.

(Con ironia a! irse.)

A otro, donde se oculta ese tesoro
 Pregúntalo, no á mí, que yo lo ignoro.

ESCENA III.

TEGUAN, SIRIPO—INDIOS.

SIRIPO.

Me la roban con pérvida osadia.
 Sin temer la esplosion de mis enojos,
 Volvieron, imprudentes, á insultarme ;
 Y mi bien se atrevieron á robarme.
 Mas, tiemblen : á sus míseros despojos
 Del Paraná el profundo seno espera.
 Sus palpitantes miembros y su sangre
 Del Yacaré han de saciar el hambre ;
 Y serán las entrañas de una fiera
 Su miserable tumba. ¡Desgraciado!
 ¿Qué espero, que hago aquí, sino consigo
 Detener á Lucia? corre, amigo ;
 Corred todos. . . ¿No vais? os lo he mandado.

UN INDIO.

Vuestras órdenes se han obedecido:
 Gran número de jóvenes guerreros
 Atraviesa del bosque los senderos.

SIRIPO.

Pero darles alcance no han podido.
 Corred, volad en todas direcciones ;
 Y no dejéis ni bosque, ni llanura,
 Ni matorral, ni hueco, ni espesura
 Donde no penetreis ; ni las mansiones

Que sirven de guaridas á las fieras
Dejeis de examinar con diligencia.

LUCIA.

(Desde adentro.)

¡Ay! ; dejadme llegar á su presencia!

SIRIPO.

; Qué escucho en esas voces lastimeras!

ESCENA IV.

TEGUAN, SIRIPO—LUCIA, INDIOS.

SIRIPO.

; Lucia!

LUCIA.

; Compasion, noble cacique,
Compasion para el débil oprimido!
Si tu enemigo fué, se halla vencido.
; Ay! no permitas, no, se sacrifique
A un hombre, que inocente no merece
Tu odio y persecucion: él tu enemigo
Nunca, nunca lo fué, yo te lo digo
Con sincera verdad. ; Ay, compadece
Mi llanto, mi dolor: salva á mi esposo.

SIRIPO.

; Tu esposo? ; qué escuché! ; tu esposo? El era
El que te arrebató, sin que temiera
Mi justa indignacion? ; Y ese alevoso

Que á tanto se atrevió, es inocente,
Inocente ha de ser?

ESCENA V.

TEGUAN, SIRIPO, LUCIA—HURTADO, GARCIA, INDIOS.

HURTADO.

(*Contestando á Siripo.*)

Lo que tu quieras :

Yo desprecié tus iras altaneras
Por salvar á la que amo tiernamente.
Su rescate propongo.

SIRIPO.

Castellano,

No acrezca mi furor tu desatino,
Que hoy pende de mis labios tu destino;
Y á una señal, á un signo de mi mano,
Puede caer al suelo tu cabeza.

LUCIA.

¡Dios!... qué horror!

HURTADO.

No me asombra que inclemente
Me trate cual á infame delincuente
El que pudo, con bárbara fiereza,
Inmolar tanta víctima.

SIRIPO.

Refrene

Tu osadia, la suerte que te espera :
Puedes anticiparla.

HURTADO.

Sea cualquiera

La suerte á que tirana me condene
 Tu bárbara injusticia, no me inquieta:
 Con mi conciencia en paz, tranquilo me hallo;
 Tranquilo espero de tu boca el fallo.

LUCIA.

Nuestro infortunio, por piedad respeta;
 Conmuévate mi súplica, mi duelo;
 No me desoigas cuando en tí confío.

HURTADO.

Sí aquí nos separamos, ángel mio,
 Tornaremos á vernos en el cielo.

LUCIA.

¿No me otorgas su vida?

SIRIPO.

Ella se opone

A mi dicha y quietud: hemos nacido
 Para jurarnos odio empedernido.
 Que del día la luz hoy abandone
 Es necesario de los dos alguno.

HURTADO.

¿Pero, qué causa excita tus furores?
 ¿Por qué causa merezco tus rencores?
 ¿Por qué te es mi vivir tan importuno?
 Dilo, mi pensamiento no lo alcanza.

SIRIPO.

¿ Y olvidas que con loco desvario
 Me robabas un bien que solo es mio,
 Que es mi gloria, mi sueño, mi esperanza?
 ¿ Ignorabas acaso, Castellano,
 Que si el confin del Orbe te ocultara,
 Hasta el confin del Orbe te buscara,
 Para arrancarte con mi propia mano
 Tu presa con la vida? ¿ Y qué derecho,
 Qué derecho ó qué título te asiste,
 Que su dueño absoluto te creíste?
 ¿ Arderá mas volcánica en tu pecho
 De amor inmenso la violenta llama?
 ; Es imposible! ; falsedad! ; mentira!
 ; Quien lo asegure así, loco delira!
 Mi corazon frenético se inflama,
 Y apagará este ardor solo la muerte.
 ¿ Mas acreedor te juzgas á Lucia?

HURTADO.

Los vínculos de esposa la hacen mia;
 Y unidos, bendecimos nuestra suerte.

SIRIPO.

¿ Y qué vale ese título de esposo,
 Si yo la adoro y para mí la guardo?

LUCIA.

; Oh, Dios!

SIRIPO.

Me la robabas alevoso

Y con agudo y ponzoñoso dardo,
 Que mis celosas iras desenfrena,
 Me heriste el corazon; por que altanero,
 Competidor en nada yo tolero.
 ¿No sabes que tu audacia te condena,
 Que para tí no puede haber clemencia;
 Porque toda tu sangre fuera escasa
 A la sed de venganza que me abrasa?

HURTADO.

La desprecio: pronuncia mi sentencia.

SIRIPO.

(A los indios.)

Conducidle á morir.

LUCIA.

¡Piedad, te ruego!

¡Dos víctimas vá á herir tu golpe rudo!

¡Ay, nunca, nunca él ofenderte pudo!

Ófusca á tu razon tu enojo ciego:

Tranquilidad espera: evita un crimen.

SIRIPO.

Guerreros, ¿no escuchasteis lo que ordeno?

LUCIA.

Bárbaro atroz, que de furoros lleno,
 Crees que á mi esposo solamente oprimen
 Tus inícuos rigores, tú te engañas:

Decretas juntamente mi ruina,
 Que el fiero golpe á mi alma se encamina,
 Y sin piedad destroza mis entrañas.
 ¿ Creiste tú que consentir podría
 Un sacrificio que horroriza al suelo,
 Un sacrificio que reprueba el cielo?
 ¿ No sabes tú que el pecho de Lucia
 Fuera preciso traspasar primero,
 Para verter la sangre de su esposo?
 Lograr no esperes tu designio odioso
 Sin que me parta el corazon tu acero;
 Lograr no esperes arrancarle ahora
 De entre mis brazos.

(Lo hace como dice.)

STRIFO.

Ya la resistencia

En vano es oponer: ya su existencia
 Ha llegado á su término, señora.

LUCIA.

No prosigas, cruel; calla, tirano:
 ¿ No ves que se halla á su preciosa vida
 Tambien la mia estrechamente unida?...
 ¡ Y asesinarlo!... ¿ un corazon humano
 A tal deseo pudo dar entrada?
 ¡ Ay! no lo efectuarás, no, yo lo espero:
 No serás como tigre carnicero:
 Ante tu planta al verme desolada,

Transida de dolor y sin aliento,
 Sentirás compasion. Si, sé piadoso :
 Devuélveme mi bien : para mi esposo
 Perdon anuncie tu benigno acento,
 Yo te lo pido por lo mas sagrado,
 Por lo que mas adoras en la vida,
 Hasta por ese amor, si no es vedado
 El que mi lengua hasta por él te pida.

HURTADO.

No la envilezcas con plegaria odiosa.
 No es de tan alto precio mi existencia,
 Para que así demandes su clemencia,
 Para que así mi idolatrada esposa
 Por ella invoque una pasion maldita.

TEGUAN.

Si el título de súbdito y amigo
 Puede acaso, Siripo, algo contigo,
 Moderando el enojo que te agita,
 Su castigo, por hoy solo, suspende :
 Concédele un momento mas de vida,
 Si su suerte de tí solo depende.
 Hazlo por la ñfeliz tan afligida.

SIRIPO.

Solo hay un medio de evitar tu muerte :
 Tú puedes elegir, si así te place ;
 Pero solo por ella, árbitro te hace
 Mi voluntad suprema de tu suerte.

HURTADO.

Si no ofende á mi honor.

LUCIA.

¡ Suerte dichosa!

¡ Gracias, oh Dios, os rinde el alma mia!

SIRIPO.

Preciso es que renunciéis á Lucia.

HURTADO.

¿ Qué dices?..

SIRIPO.

Y que elijas otra esposa.

LUCIA.

¡ Desengaño cruel!

HURTADO.

¿ Qué tan cobarde

Me juzgabas?

SIRIPO.

Elije una doncella,

Entre todas las Timbúes la mas bella,

Por nueva esposa; y tu eleccion no tarde,

Que á este precio mi agravio te perdono.

Si obedeces mis órdenes, te espera

Paz, libertad, y mi amistad sincera

Con que haré olvides mi pasado encono.

LUCIA.

¡ Oh, cielos, cuando acabará mi pena!

HURTADO.

¿Creiste fuera tal mi cobardia
Que admitiera tan baja villania?

SIRIPO.

Solo sé que te oprime vil cadena;
Que á este precio decídese tu suerte;
Que por breves instantes mi clemencia
Suspende solamente tu sentencia,
Piensa; y elige entre la vida y muerte.

ESCENA VI.

LUCIA—HURTADO—GARCIA-

HURTADO.

De un bárbaro tan solo el desenfreno
Concebir pudo esa infernal idea:
; Creer que yo capaz de olvidar sea
Mi ternura, mi honor! . . Fatal veneno
Ha vertido en mi pecho su osadia:
Al recordar la infamia que me ofrece,
Yerve toda mi sangre y se estremece
De indignacion y asombro el alma mia.

LUCIA.

; Qué alternativa, oh Dios! la mas odiosa:
; El crimen ó la muerte! Si nos fuera
Lícito, no dudara; y prefiriera
Verte mas bien en brazos de otra esposa,
Que víctima infeliz.

HURTADO.

¡Ah! no querida:

La existencia es un bien que menosprecio
 Si hay que comprarla á tan subido precio.
 ¿Qué nos importa el conservar la vida
 Si nuestra dicha y nuestro honor perdemos?
 ¿Qué nos importa el contemplar del día
 La clara luz que el cielo nos envía
 Si amarnos ya, si amarnos no podemos?
 ¿Y quién puede romper, con mano impura,
 Los lazos que formara aquí en el suelo
 Nuestro amor, bendecido por el cielo?
 ¡Ah, si han de arrebatarme tu ternura,
 Mi vida apague el soplo de la muerte!

LUCIA.

Si murieses, ¿qué fuera de tu esposa?
 No véas, Hurtado, que sería odiosa
 Y miserable mi futura suerte?

HURTADO.

¡Y cómo he de dejarte! ¡oh, desconsuelo!
 ¡De tí, sin mi sosten, de tí qué fuera,
 Entre las garras crueles de esa fiera!
 ¿Quién podría enjugar tu amargo duelo;
 Quién confortar tu espíritu doliente?
 ¡Oh, suerte horrible! ¡abandonar la vida,
 Dejándote en el suelo desvalida,

Y en poder de ese bárbaro inclemente!
 ¡Oh, fuera entonces mi agonía horrenda!

LUCIA.

No; tu destino debe ser el mío,
 Escuchará mi voto el cielo pio,
 Y seguiremos juntos por la senda
 Que nos señale su querer augusto.
 ¿Y á nuestras almas negará el consuelo
 De alzarse unidas en tranquilo vuelo?

GARCIA.

Que vuestras penas modereis es justo.
 Sí; tal vez que la astucia lograría
 Lo que la fuga conseguir no pudo.
 De un éxito feliz casi no dudo.

LUCIA.

¿Y qué medio dichoso!... Habla, Garcia.

GARCIA.

Oponer el engaño á la violencia:
 Acceder falsamente á la esperanza
 Del bárbaro cacique sin tardanza.
 Es el medio que dicta la prudencia,
 Es el único medio.

HURTADO.

Basta, amigo:
 ¿La despreciable vida compraría
 A tal precio?

GARCIA.

¿Crees que yo podría
Proponerte una infamia en lo que digo?

HURTADO.

Todo engaño es infame.

GARCIA.

¿Y puede serlo,
Puede serlo en el caso en que te miras?

HURTADO.

Arrostraré del bárbaro las iras.
Cual ser cobarde es vil el parecerlo ;
¿Y he de darle ocasion para que diga
Que ha triunfado de mí ?

GARCIA.

Ya no se trata
De tí solo: tu pérdida arrebatada
Tambien á la que adoras, á tu amiga.
Su salvacion, Hurtado, está en tu mano:
Piénsalo bien.

HURTADO.

¿Tu plan de que sirviera?
Inútil por demás, estéril fuera.
Prolongar nuestros males es en vano.

GARCIA.

No renuncies, repito, á la esperanza.
Los nuestros se preparan ya sin duda ;

Y presto los verá esta gente ruda,
 Implacables y armados de venganza,
 Castigar la mayor de las traiciones.
 Tiempo ganemos ; porque en breves dias
 Ciertas verás las predicciones mias.

HURTADO.

¿Qué debemos hacer? ¿qué condiciones
 Admitiremos?

GARCIA.

¿Cuáles son ignoras?
 ¿Las olvidaste, acaso?

HURTADO.

¿Qué suplicio!
 ;Renunciar yo!..

GARCIA.

No es tanto el sacrificio.
 Que en la apariencia solo.

HURTADO

... ; Y largas horas,
 Y largos dias sin lograr ni vernos!

GARCIA.

Tal vez conseguireis este consuelo.
 Y si encubris con misterioso velo
 De vuestro amor esos momentos tiernos,
 El peligro que habrá será lejano.
 Decídetes, que el tiempo ya es urgente.

HURTADO.

Haz lo que quieras.

LUCIA.

¡Ay!..

GARCIA.

Bien: sé prudente.

ESCENA VII.

LUCIA, HURTADO—GARCIA, SIRIPO.

SIRIPO.

¿Tu suerte has elegido, Castellano?

GARCIA.

Cacique, no dudeis: con fé sincera
A vuestra ley su voluntad somete.

SIRIPO.

¿Renunciar á Lucia me promete?

GARCIA.

Vuestras órdenes ya tan solo espera.

SIRIPO.

Bien, escucha: eres libre; pero advierte
Que desde hoy te separas de Lucia;
Y que si ella ha de ser la esposa mia,
Será tambien el fallo de tu muerte
Una seña, una voz que la dirijas.
Quedate aquí, ó á tierras estrangeras
Encamínate. En fin, lo que tu quieras,

Que libre estás desde hoy para que elijas
Lo que mejor te plazca.

LUCIA.

¡Oh Dios!

SIRIPO.

Lucia,

Escucha, escucha si en mi labio suena
La espresion de este amor que me enajena
Y hará la gloria y la delicia mia ;
¡Oh! deja que se exhale con mi acento -
El fuego de mi amor por vez primera,
Que callar por mas tiempo no pudiera
El delirante júbilo que siento.
Si; no puedo ocultarlo en tu presencia :
En mi pecho rebosa, y se derrama
Por mis venas el fuego de esta llama,
Y el corazón sucumbe á su violencia.
¡Oh, Lucia! te cedo la victoria :
Sobre mí, sobre todo, sola imperas :
Yo someto á tus gracias hechiceras
Mi orgullo, mi poder, toda mi gloria,
Y aunque, por un capricho del destino,
Viste la luz del Europeo cielo,
Serás la soberana de este suelo,
Si de acatar tus leyes no es indigno :
Te aclamarán mis Timbúes por señora ;

Y seré solo tu primer vasallo,
; Y harto feliz, si en tus caricias hallo
La recompensa que mi amor implora!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

SIRIPO—LUCIA.

SIRIPO.

Bien lo has visto: sumisos y contentos
A su reina los Timbúes aclamaron ;
Bien lo has visto : en unísonos acentos
Respeto y obediencia te juraron.
¿ Deseas algo mas? si no es bastante
Esta comarca á tu ambicion, Lucia,
Hábla, dímelo ya: que á mi osadia
Nada hay que la detenga un solo instante,
Si con tu amor me alientas y me encantas.
Iré á domar cien pueblos y naciones,
Aunque habiten incógnitas regiones,
Para que vengan á besar tus plantas ;
Iré á traer, si quieres, el tesoro
Que guarda el Andes en ocultas venas.

LUCIA.

Solo quiero quietud para mis penas,
Para que corra en libertad mi lloro.

SIRIPO.

Mas, ¿cuándo al fin tranquilizarme quieres?
 ¿Cuando obtendrá la justa recompensa
 Esta pasión que te consagro inmensa?
 ¿Traicionarás acaso á tus deberes
 Admitiendo á Siripo por esposo?
 ¿No eres libre, Lucia; y á Glaudina
 No repudié tambien? ¿Qué causa inclina
 Tu voluntad en contra á mi reposo?
 ¡Ah, Lucia! yo casi lo adivino:
 ¿Tu castellano orgullo se opondría
 A nuestra union? ¿indigna es de Lucia,
 Solo porque dispuso mi destino
 Que distante de Europa la luz viera?
 Pero ¡ay! ¿no sabes que aunque soy nacido
 En este clima hasta hoy desconocido
 Del tuyo, al cual separa la barrera
 Dilatada del mar, late en mi pecho
 Un corazón tan noble y tan altivo,
 Que solo á tu belleza y atractivo
 Pudo rendirse, y casi á su despecho?

LUCIA.

Si aun recién reciente del dolor la huella
 En mi alma se halla, si me veis en duelo,
 No insistais mas con exigente anhelo;
 Dejad que olvide mi fatal estrella.

SIRIPO.

Una tregua no niego á tu exigencia;
Pero que cumplas tu promesa espero.

LUCIA.

Permitid que me aleje: considero
Que importuna tu esposa es mi presencia.

SIRIPO.

(Viendo á Glaudina.)

En su tenaz porfia es imprudente.

ESCENA II.

SIRIPO—GLAUDINA.

SIRIPO.

¿Cuál es la pretension que te encamina
A mi presencia?

GLAUDINA.

¿Estrañas que Glaudina,
Qué tu esposa, á tu vista se presente?

SIRIPO.

Descenocer no debes que lo estraño.

GLAUDINA.

Que, ¿mis derechos tu memoria olvida?

SIRIPO.

Ninguno existe.

GLAUDINA.

¿A tí no estoy unida
Por vínculos?

SIRIPO.

¿Aun dura tu engaño?
¿No sabes que se han roto nuestros lazos?

GLAUDINA.

¿Y cuál poder romperlos lograría?

SIRIPO.

Mi voluntad que los contrajo un día
Bien puede reducirlos á pedazos.

GLAUDINA.

¿Y es eso lo que tu me reservabas?
¿Esa es la recompensa generosa,
En pago del cariño de una esposa?
¿Tan poca fé en tu corazón guardabas?

SIRIPO.

Concluye: tu discurso es enojoso,
Nadie cuál es tu posición ignora:
Mi esposa fuiste, y eres libre ahora,
Y puedes elegir un nuevo esposo.

GLAUDINA.

¿A la faz de los dioses y los hombres
Eterna unión no me juró tu acento?
¿No temes quebrantar tu juramento?

SIRIPO.

¡Juramentos! . . . ¡promesas! vanos nombres
Que solo el necio vulgo reverencia,
¡Cuánto es tu afán en recordarlos vano!

Serán la norma del linage humano ;
 Mas no la mía : quiero independencia,
 Y leyes que la coarten no tolero.
 ¿ Quién dicta leyes á un amor ardiente ?
 ¿ Quién enfrena la furia del torrente ?
 ¿ Quién detiene los soplos del Pampero ?
 Mis vínculos son pues mis afecciones.

GLAUDINA.

Dices bien : es mi empeño un desvario,
 Si tan solo encadena á tu albedrio
 El capricho falaz de tus pasiones,
 ¿ A qué fin recordarte unos deberes
 Que reverencia el universo entero ?
 ¿ A qué fin, si mas noble y altanero
 Es Siripo que el resto de los seres ?
 Mas teme, si, la merecida pena ;
 Que en medio á veces de la calma estalla
 La tempestad, y el bien que te avasalla
 Odio solo te ofrece, y te condena
 A sufrir la amargura y los sonrojos
 Que por premio á tu esposa la ofreciste.
 Tan rudo desengaño no previste ;
 Pero anda : y lo verán tus propios ojos.

SIRIPO.

¿ Será cierto ? Mas, no : solo el engaño
 Tus palabras dictó, ¿ podrá Lucia

Burlarme así? me prometió ser mía:
Y no debo dudar.

GLAUDINA.

Tu desengaño

Lo palparan tus ojos, lo repito.

SIRIPO.

¡La pérfida engañaba á mi ternura!

Mas, tiembla sino es mas que una impostura:
Si la calumnias, grande es tu delito.

GLAUDINA.

Con sus falsos halagos ha sabido
Burlarse de tu amor y de tus iras:
Por ella tú frenético suspiras,
Y otro es el mortal favorecido.
Ven: y verás como en sus ojos brilla
De ardiente amor la deliciosa llama;
Ven: y veras como en amor se inflama
Cuando acaricia á su amador, sencilla.

SIRIPO.

¿Le conoces? ¿quién es el atrevido
Que un bien me roba para mí precioso?

GLAUDINA.

¿Quién otro puede ser sinó su esposo?

SIRIPO.

¿Es Hurtado? . . Rival aborrecido,
Se cambiarán tus dichas en dolores,
Por cada goce te daré un tormento,

Serán caras tus glorias de un momento.
 ¿Dónde, dónde se ocultan los traidores?

GLAUDINA.

Su soledad y abrigo les ofrece
 El lugar mas oculto y mas sombrío
 De la selva á las márgenes del río.
 En este sitio aislado no aparece
 Ni el vestigio menor de humana huella;
 Pero ocultarse á mí nunca podría.
 Internarse en el bosque ví á Lucia
 El alba al despuntar: seguí en pos de ella;
 Y presencié las plácidas delicias
 Qué esa mansion de amor les preparaba.

SIRIPO.

¿Y él tambien?...

GLAUDINA.

A su esposa él esperaba,
 Pródigo de ternura y de caricias.

SIRIPO.

¡Se burlaban de mí! ¡todo cierto era!
 Mis pasos guia: sorprenderles quiero.

GLAUDINA.

Marcha, vuela, ¿no vés aquel guerrero?

(*Lo indica.*)

Siguelo: sabrá guiarte: él á tí espera.

LUCIA DE MIRANDA.

ESCENA III.

GLAUDINA.

¡Sigue, infiel, sigue con ligero paso
A recibir tu justa recompensa!
En tu pena me gozo: será inmensa,
Al ver tu amor en dicha tan escaso.
¡Cuál ha sido el error de tu esperanza!
Despreciar á una esposa impunemente,
Y ser feliz pensabas ¡imprudente!
Y hoy tu amor criminal me dá venganza.

ESCENA IV.

GLAUDINA—TEGUAN.

TEGUAN.

¿Qué pasa entre Siripo y tú, Glaudína?
Salir le veo de inquietudes lleno,
Y miro que tu rostro está sereno.

GLAUDINA.

¿Y el motivo Teguan no lo adivina?
¿No adivina que dentro de un instante
No habrá causa que turbe mi sosiego?

TEGUAN.

¿Con persuasivo y amoroso ruego
Lograste acaso que Siripo?

GLAUDINA.

Amante

Mas que nunca es tal vez de la estrangera :

La adora con furor ; mas mis desvelos
 Despertaron la furia de sus celos ;
 Y de su amor la dicha placentera
 En venenosa hiel hoy se convierte.

TEGUAN.

¿Crees tal vez que dejará de amarla ?

GLAUDINA.

No ; pero él es capaz de idolatrarla
 Y al mismo tiempo decretar su muerte.

TEGUAN.

¡ Tanto rencor por la infeliz ! Glaudina,
 Compasiva una vez tú la has salvado.

GLAUDINA.

Así creí mí objeto haber logrado
 Entonces ; pero ya solo su ruina
 Hará, Teguan, que mi memoria olvide
 Tantos ultrajes, menosprecio tanto,
 Que he devorado entre congoja y llanto,
 Es justo mi odio que venganza pide.

TEGUAN.

¿ Justo ha de ser ? ¿ acaso lo merece
 Esa infeliz ? ¿ culpable ha de ser ella
 Si Siripo la amó ?

GLAUDINA.

Es nager y bella ;
 Y culpable á mis ojos aparece

Desde que á ella se rinden ovaciones
 A las que solo yo soy acreedora,
 Desde que ella me priva, usurpadora,
 De un resto de pasadas ilusiones.

ESCENA V.

GLAUDINA, TEGUAN—SIRIPO

(Llega precipitado y se espresa con agitacion progresiva.)

SIRIPO.

¿Qué confusion, qué abismo me circunda?
 Yo no puedo esplicarme lo que siento
 ¿Es furor, es placer, es un tormento
 Que me destroze el pecho y me confunda?
 Henchido está mi corazon de espanto,
 De terrores que nunca he conocido:
 Huir quisiera veloz, despavorido;
 ¿Pero dónde ocultarme en mi quebranto?
 ¿Qué hice yo?... ¿por qué causa?... ¿por Lucia?
 Huye de mi recuerdo que detesto,
 Si, no me muestres mi baldon funesto,
 No me muestres su pérvida falsia.
 Yo, frenético, ciego, delirante,
 Un amor sin igual la consagraba:
 ¿Y ella? el engaño para mí guardaba,
 Y su amor y su fé para su amante,
 Mis celos no temió la fementida;
 Si: no ha dudado en elegir su suerte.

Y prefiere á mi amor la misma muerte ;
 Y hasta el último instante de su vida
 Desprecia desdeñosa mis enojos.
 ¡ Oh rabia ! ¿ Y mi rival afortunado
 Hasta el último instante de ella amado,
 Gozará las miradas de sus ojos,
 Respirará feliz su dulce aliento :
 En tanto, que funesta mi venganza
 Me arrebatá hasta la última esperanza,
 Me lanza en un abismo de tormento ?
 ¡ Maldicion ! ¡ situacion desesperada.

(*Reparando en Glaudina y Teguan.*)

Y vosotros ¿ qué haceis ? ¿ mi horrible suerte
 Os complace ? Alejaos.

GLAUDINA.

(*Al irse.*)

Ya estoy vengada.

ESCENA VI.

TEGUAN—SIRIPO.

TEGUAN.

¿ Crees que indiferente á tus dolores
 Pueda gozar cuando mi amigo gime ?

SIRIPO.

Un profundo pesar mi pecho oprime. . . .
 ¿ Funestos han de serle mis amores ?
 ¿ Su rostro hermoso he de mirar cubierto

De amarillez y sombras sepulcrales;
 Y sin brillo sus ojos celestiales;
 Y su amable beldad despojo yerto?
 Un sacrificio el mas horrendo fuera,
 A su vida ligada está la mia:
 Morir no debe: sálvese Lucia,
 Sálvese pues y mi rival que muera.
 Ven, volemós, Teguan, y la salvamos:
 Es tiempo aun.

TEGUAN.

Siripo, tu deliras.

SIRIPO.

No; ví su engaño; y mis atroces iras
 Turbaron mi razon. . . .

TEGUAN.

¡Infeliz! . . vamos.

ESCENA VII.

TEGUAN, SIRIPO—GARCIA, INDIOS.

(*Garcia se les presenta al salir.*)

SIRIPO.

(*A Garcia.*)

¿Y Lucia? . .

GARCIA.

Lucia voló al cielo
 A recibir la gloria que le apresta

En galardón á su virtud modesta,
 Que no era digno de poseer el suelo;
 A recibir del mártir la corona.
 Y exclamó al mirar cerca su agonía:
 “A Siripo decidle que Lucia”
 “Olvida su injusticia, y le perdona.”
 Y luego en holocausto á Dios su vida
 Con fervor ofreció su labio bello,
 Y entregó sin dudar el débil cuello
 Al fatal hierro que la hirió homicida.
 Cacique, tu obra se halla consumada:
 Ven; y contempla con feroces ojos
 De tus víctimas yertos los despojos;
 Ven; y verás de lo que fué, la nada.

(García se retira por el lado opuesto, caminando con lentitud y profundamente dolorido;— y después de una breve pausa de silencio, prorrumpe Siripo con vehemencia, y cae en un delirio progresivo.)

Soy un bárbaro atroz que me detesto;
 No debió el Sol iluminar mi frente;
 No debió el suelo sustentar clemente
 Un monstruo tan inicuo, tan funesto.
 En desiertos, en hórridas cavernas,
 Entre fieras sangrientas, implacables,
 Debí pasar mis días detestables,
 Respirando furioso iras eternas:
 No hubieran, no, mis manos homicidas

Derramado su sangre. . . . ; Es imposible :
 No soy capaz de crimen tan horrible !
 Yo idolatro á Lucia; y si mil vidas,
 Si mil vidas tuviese yo las diera
 Por ella, sin dudar. ; Vil impostura !
 ; Vil mentira ! aun existe bella y pura. . . .
 Silencio. . . . ¿ no escuchais? sueña hechicera
 Su deliciosa voz; y á mi me llama ;
 Su labió me nombró. . . . Miradla, es ella :
 Se alza del suelo misteriosa y bella.
 ; Pero hay ! la indignacion su vista inflama :
 Sobre mi lanza rígida mirada. . . .
 ; Su pecho abierto con profunda herida !
 ; Maldicion ! ; su asesino me apellida !
 ; Maldicion ! ¿ asesino de mi amada ? . . .
 ¿ Qué pretendes de mí, siniestra sombra ?
 ¿ Por qué me miras con airados ojos ? . . .
 Si por venganza claman tus enojos ;
 Y una victima. . . . ¿ cuál ? ; ella me nombra !
 ; Me designa su voz ! . . . ; que horror ! se hiela
 Mi sangre. . . . ; Compasion ! no me persigas :
 ¿ Qué te hice yo para que asi me sigas ?
 ¿ Mi sangre toda tu venganza anhela ? . . .
 ; Tu asesino ! . . . es verdad ; si : yo lo he sido
 ; Perdon ! . . . voy á vengarte te obedezco
 Aplácate la víctima te ofrezco

(Saca la espada para herirse ; pero Teguan se lo impide y lo sostiene al caer sin conocimiento.)

ACTO V, ESCENA VII.

TEGUAN.

Desgraciado !..

SIRIPO.

Lu—cia . . . , bien que—ri—do

FIN DEL DRAMA.

